

PUBLICACIONES DE LA ESCUELA MODERNA

FLOREAL

DRAMA SOCIAL EN TRES ACTOS

• ESCRITO EN FRANCÉS

POR

J. P. Chardon

VERSIÓN ESPAÑOLA

POR

A. LORENZO



BARCELONA

Calle de Bailén, número 56

1906

FLOREAL

PUBLICACIONES DE LA ESCUELA MODERNA

La enseñanza libre resultará estéril mientras los programas no tengan por fundamento una biblioteca formada expresamente.

Atendiendo á esta importantísima consideración, la *Escuela Moderna*, tanto para sí como con el propósito de ayudar á las que se establezcan con análogo propósito, ha fundado su biblioteca, para lo cual ha publicado ya las obras siguientes:

OBRAS PUBLICADAS

- Cartilla, Primer libro de lectura.
Aventuras de Nono, Segundo libro de lectura.
León Martín, por C. Malato. Otro segundo libro de lectura
Preludios de la Lucha, por F. Pi y Arsuaga. id. id.
Sembrando Flores, por Federico Urales. id. id.
El Niño y el Adolescente, por Michel Petit. id. id.
Primer manuscrito: correspondencia escolar.
Elementos de Aritmética, por Paraf-Javal. Dos tomos.
Epítome de Gramática Española, por Fabián Palasi.
Resumen de Historia de España, por Nicolás Estévez.
Patriotismo y Colonización, Tercer libro de lectura.
Segundo Manuscrito: pensamientos humanitarios.
Compendio de Historia Universal. por Clemencia Jacquinet.
Tomo I. Tiempos prehistóricos hasta el Imperio Romano.
Tomo II. Edad Media y Tiempos Modernos.
Tomo III. De la Revolución francesa hasta nuestros días.
Origen del Cristianismo, Cuarto libro de lectura.
Nociones de Idioma Francés, por Leopoldina Bonnard.
La Substancia Universal, por A. Bloch y Paraf-Javal.
Geografía Física, por el Dr. De Buen. Prefacio de Eliseo Reclus.
Psicología Etnica, por Ch. Letourneau. Cuatro tomos.
Nociones sobre las primeras edades de la humanidad, por Georges Engerrand.
Evolución super-orgánica, por Enrique Lluria.
Pequeña Historia Natural, por Odón de Buen. Dos tomos.
Mineralogía, por Odón de Buen.
Botiquín Escolar, por A. Martínez Vargas.

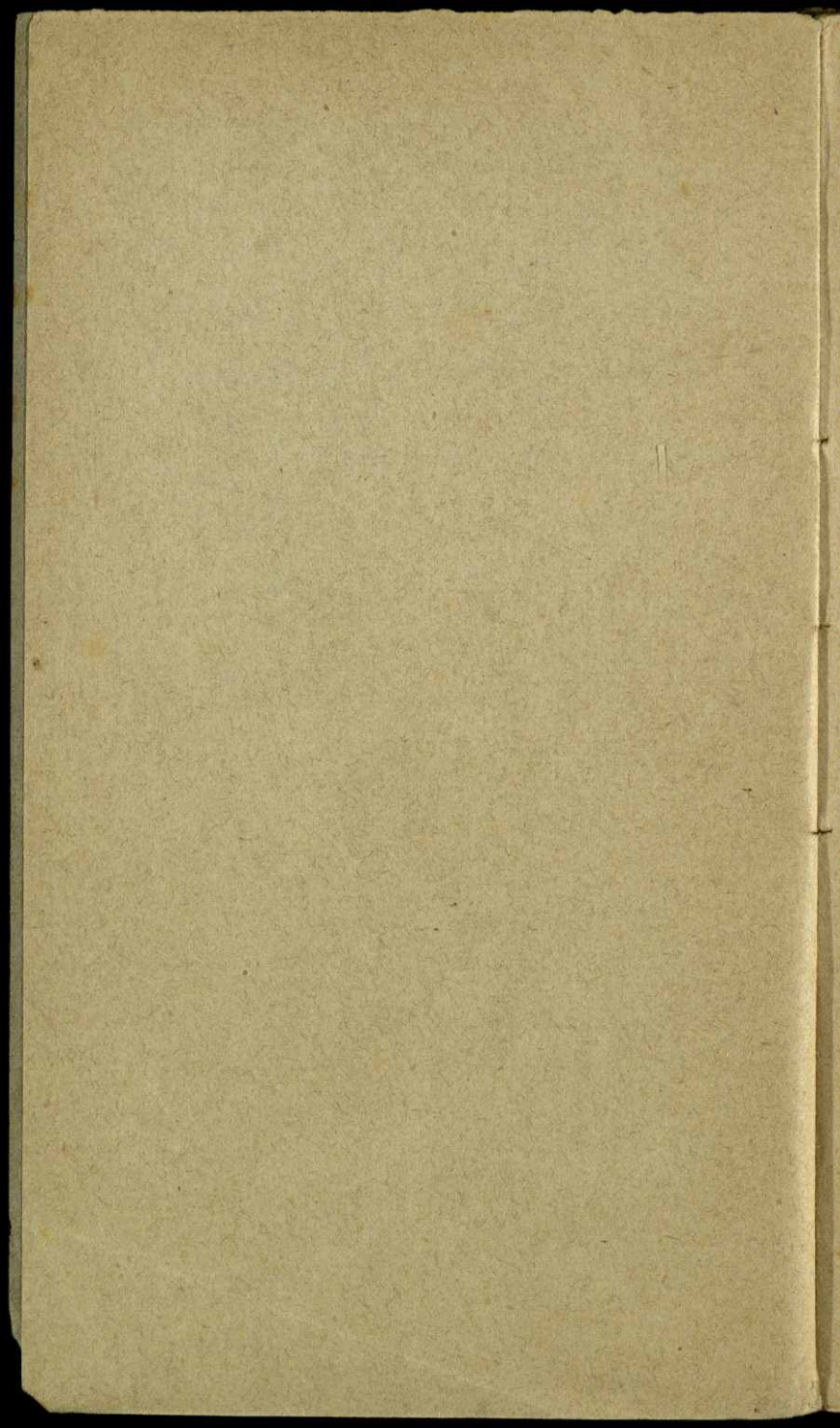
Para cada volumen 2 pesetas. *Cartilla* y *Cantos* 1 peseta. *Botiquín Escolar*, o'50. A los corresponsales 25 % descuento. A los envíos del exterior se carga el franqueo. A las escuelas descuento especial.

BOLETÍN DE LA ESCUELA MODERNA.—Publicación mensual á excepción de Julio y Agosto, dedicada á la difusión de las novedades pedagógicas y al estudio de los importantes temas que abren amplia vía al progreso de la humanidad; utilísima á los profesores y á cuantas personas deseen estar al corriente de la moderna orientación del pensamiento.

Precio: 2 pesetas anuales; exterior, 2'50 pesetas

FLOREAL

DONACIÓ
R-00055
N7/52
MEN 120



PUBLICACIONES DE LA ESCUELA MODERNA

FLOREAL

DRAMA SOCIAL EN TRES ACTOS

ESCRITO EN FRANCÉS

POR

J. P. Chardon

VERSIÓN ESPAÑOLA

POR

A. LORENZO



BARCELONA

Calle de Bailén, núm. 56

1906

ES PROPIEDAD

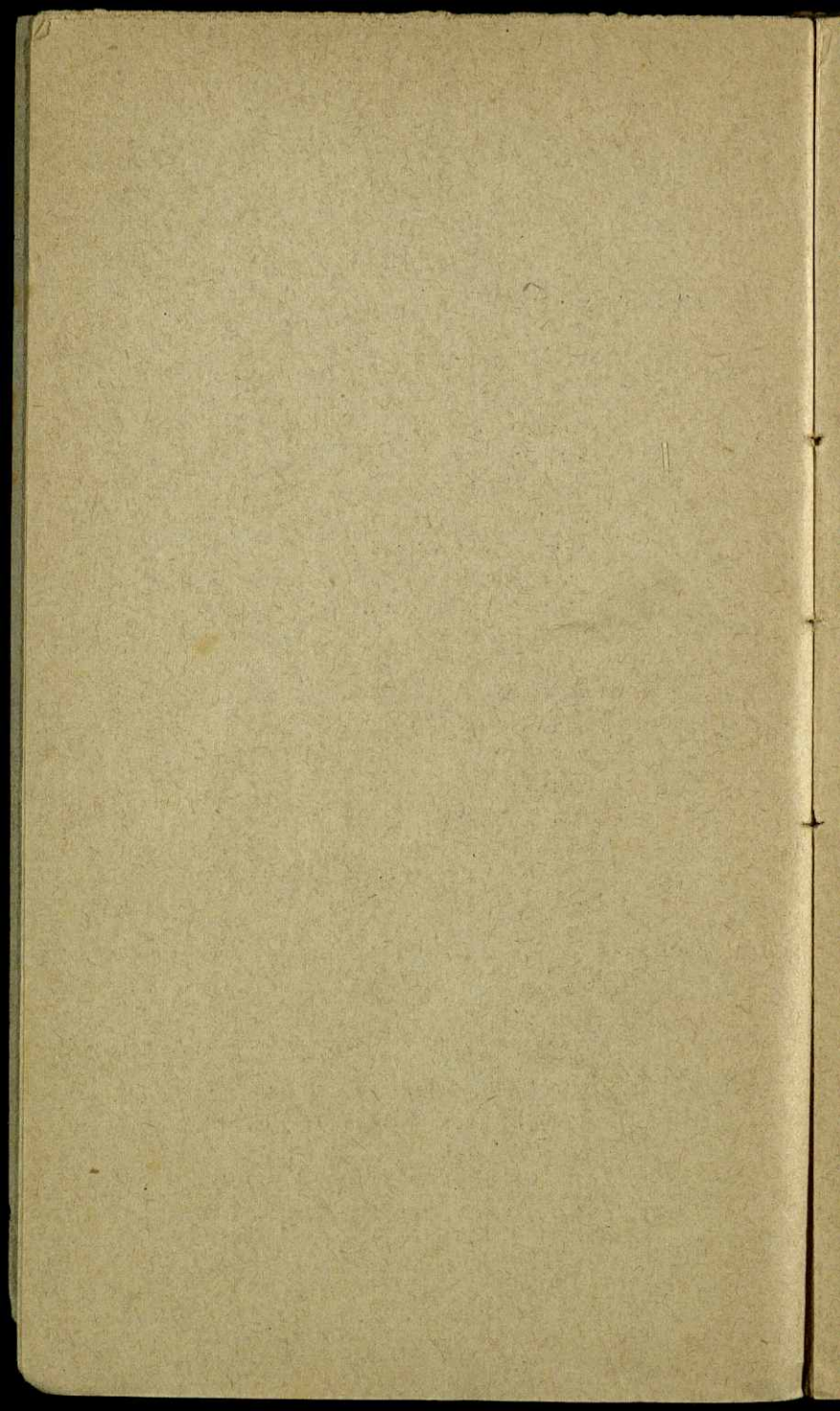
PERSONAJES

SANTIAGO
ARTURO
CLEMENTE
FELIPE
FEDERICO LARDOR
SR. LARDOR
EL CURA CRISTÓBAL
JUSTINO

MARIANA
SUSANA
PAULINA
LUISA
SRA. LARDOR
JULIA

Ancianos { ABUELO TANIS, llamado el Anciano, 80 años
BAUTISTA
LAMBERT
TOMÁS
ABUELO MATURIN
JERÓNIMO

Ancianas { ABUELA MARTA
CATALINA
OBREROS Y OBRERAS



ACTO PRIMERO

Jardín público; paseo transversal que se pierde de derecha á izquierda en floridos bosquecillos.

Frondosos conjuntos de verdura guarnecen el fondo, descubriendo á intervalos, en último término, algunas casas de agradable aspecto.

Un ensanche del paseo rompe la rectitud de la línea en medio de la escena, formando la mitad de una elipse, en cuyo centro hay un largo banco de césped.

Aspecto general risueño; luz intensa.

ESCENA PRIMERA

ANCIANOS (*sentados y hablando*): BAUTISTA, LAMBERT, TOMÁS, JERÓNIMO. ANCIANAS: ABUELA MARTA, CATALINA; *después* ABUELO TANIS, y *por último*, ABUELO MATURIN.

LAMBERT

(*A un anciano que pasa:*)

¡Hola, abuelo Tanis! ¿Se viene á pasar un rato?

ABUELO TANIS

(*Anciano venerable de barba blanca*)

¡Oh, sí! Buenos días, amigos.

TODOS

Buenos días; bien venido el Anciano.

(*Se le hace sitio; se sienta.*)

BAUTISTA

(Fumando su pipa:)

¿Qué hay de bueno hoy?

TANIS

¡Oh qué hermoso, amigos míos!

JERÓNIMO *(Caduco)*

¿Qué hermosura es ésta?

TANIS

Puestodo lo que vemos; todo eso... nuestra Ciudad.

JERÓNIMO

(Riendo:)

¡Bah, Bah!

TOMÁS

Sí, por cierto; nuestra Ciudad se embellece cada día como una tierna doncella.

LAMBERT

Es digna de su nombre: Naturalia.

BAUTISTA

(Al abuelo Tanis, ofreciéndole su petaca:)

Llenad la pipa.

TANIS

Con mucho gusto.

BAUTISTA

¡Qué bueno es tener tabaco á discreción!

TOMÁS

¡Ya lo creo! Así puede uno regalarse á su antojo.

TANIS

(Llenando filosóficamente su pipa:)

Sí, aunque su uso sea condenado por la generación presente...

LAMBERT

... que no quiere envenenarse...

TANIS

... intoxicarse, según dice, por la nicotina.

BAUTISTA

Nosotros tenemos tan arraigada la costumbre, que no se ha querido que nos privemos de ella.

TANIS

Y no es sólo el tabaco lo que se tiene á discreción, sino todo; ¡se tiene todo!... *(Volviéndose hacia los otros:)* ¿Verdad? Se está como se quiere. ¡Se siente uno dichoso!... *(Dirigiéndose á Bautista:)* Dame fuego, Bautista.

ABUELA MARTA

Sí, se nos ha formado una situación tranquila.

TOMÁS

Tranquila, ¡ya lo creo! ¡Si ya no puede desearse más!

JERÓNIMO

(Pesimista:)

¡Durará mucho!...

TANIS

¡Ya extrañaba yo que no saliese Jerónimo con su tema!

LAMBERT

No quiere ver lo que tiene á la vista.

CATALINA

Tiene la cabeza dura.

JERÓNIMO

Sí, sí; decid lo que queráis...

TANIS

¿No podremos convencerle?

LAMBERT

(Á Tanis:)

Creo que perderemos el tiempo.

BAUTISTA

Sin embargo, ya no hay miseria; ya no hay pobres

diablos como aquellos que corrían en nuestro tiempo.
¿Verdad, abuela Marta?

MARTA

Eso es verdad. Ahora cada uno tiene de qué.

TANIS

Debido á que cada uno es para todos, y no cada uno para sí. ¡Qué progreso tan grande!

JERÓNIMO

¡Oh, vuestro progreso! ¡Habladme de vuestro progreso!

LAMBERT

(*Á Jerónimo:*)
¿Seréis capaz de negarlo?

TANIS

Yo quiero hablaros de progreso, ¡viejo testarudo! No se ha hecho esto por sí solo, seguramente; los principios fueron duros. Lo recuerdo bien; yo tomaba parte en la lucha; hace ya veinte años. ¿Recordáis la tremenda huelga que sostuvimos? ¡Llegamos al último límite del hambre para terminarla!... Después fuimos trampeando durante algún tiempo, haciendo el trabajo á medias con los patronos, obligados á pasar por el aro; pero nos arrollaban todavía... Por entonces teníamos al compañero Bernard, su hijo, abuela Marta...

MARTA

(*Suspirando:*)
¡Pobre hijo mío!

TANIS

¡Era valeroso y una gran cabeza!... Por eso los patronos le habían echado el ojo y le habían sometido al pacto del hambre. Sin trabajo ni posibilidad de encontrarle y con cuatro hijos acuestas... tuvo una idea luminosa... la de fundar una fábrica por nuestra propia cuenta para dar trabajo en ella á las víctimas de las huelgas... ¡Pero á todo esto sin un céntimo!... No importa; Bernard, á quien los compañeros sosteníamos cercenando nuestros mezquinos jornales, dió forma práctica á su idea, y, simple obrero, se entendió con los grupos de la región, del extranjero, con todos los hombres de progreso, con todos los sabios. Y lo hizo tan bien, que se abrió una suscripción, y empezó á llover dinero, viniendo excitaciones por aquí, buenas voluntades por allá... En resumen: todos los compañeros de corazón pusimos manos á la obra y montamos una fábrica de tejidos último modelo... aquella que se ve allá abajo, en la plaza, que marcha todavía. Y puestos ya en este camino, mediante nuevos auxilios, fuimos extendiéndonos hasta que levantamos Naturalia. ¡Qué ardor el de los compañeros, de nosotros todos! ¿Verdad? Los viejos, los jóvenes, todos se empleaban allí, y nadie dudaba del éxito. ¡Todo era fe y entusiasmo! Los Lardor, esos fabricantes que tienen su palacio en la ciudad vieja, los reyes del tejido, como se les llamaba, y los demás personajes de la época, quedaban pasmados ante aquel triunfo. ¡Qué ruina se les echaba encima!... Sus obreros abandonaban sus fábricas por venir á la nuestra... Y eso no era más que el principio; de repente, Santiago, un desconocido...

BAUTISTA

Sí, un muchacho entusiasta.

TANIS

(Continuando:)

... muy joven, se presenta ante nosotros, y nos traza un plan, porque no sabíamos dónde íbamos. Predica con el ejemplo, transforma todo, multiplica nuestras fuerzas con máquinas eléctricas de su invención, con industrias nuevas, con nuevos procedimientos, y de un golpe, pero golpe de genio, puso la cosa en su punto. Después todo ha ido por sí solo.

JERÓNIMO

Eso es lo que yo no entiendo.

BAUTISTA

¡Pobre Jerónimo! No puede remediarlo; la duda le consume.

TANIS

Al presente esta generación recoge el fruto de nuestro trabajo.

TOMÁS

Sí, sí. ¡Era duro en otro tiempo! ¡Cuánta miseria! ¡Cuando pienso en ello!... ¡Qué torpes éramos!

BAUTISTA

¡Cuánto trabajaba uno para los patronos!...

TOMÁS

... ¡quienes, á pesar de todo, nos llamaban holgazanes!...

BAUTISTA

... ¡como si ellos no lo fueran!

LAMBERT

¡Cuidado que éramos bestias reventándonos á trabajar por aquella mala gente!... ¿Qué esperábamos para emanciparnos?... ¡Ah! ¡Si hubiéramos sabido que nuestra emancipación era tan fácil!... Pero no nos atrevíamos... no sabíamos ponernos de acuerdo...

TANIS

¡Ah, sí! Todos hablaban de unión, de acuerdo; pero Bernard no contó sino consigo mismo. Si hubiera esperado que el acuerdo se realizara, es seguro que todavía oiríamos decir: «La unión no se realizará nunca...» Afortunadamente, en vez de charlar, obró.

TOMÁS

Sí; todo consiste en eso.

JERÓNIMO

Por más que digáis, todo eso es exagerado... Aquello se soportaba, y, bien ó mal, se iba viviendo.

TANIS

Vamos, Jerónimo; yo, que soy el más viejo de todos, puedo decir que he visto la miseria en mi casa y en cuanto me rodeaba... y, sin embargo, he pasado días y días doce ú once horas siempre en pie delante de un telar...

TOMÁS

¡En el día es un placer!

TANIS

(Continuando:)

... Después se redujo la jornada de trabajo á diez cuando se reclamó un poco; á ocho...

TOMÁS

Ahora sólo se trabaja media jornada...

BAUTISTA

Y se trata de no trabajar más que cuatro horas. Santiago me dijo algo de eso el otro día...

JERÓNIMO

¡Eso es imposible!... ¡No lo creo!...

LAMBERT

Tampoco hubiera podido meterme en la testa que tres ó cuatro horas bien empleadas fueran suficientes.

TOMÁS

¡Oh, cuando todo el mundo hinca el hombro!...

LAMBERT

¡Y con afán!

TANIS

¡Y qué salario el antiguo!... Dos veces nada... Porque entonces se pagaba con dinero.

TOMÁS

¡Maldito dinero! ¡Qué duro era de ganar!

BAUTISTA

Sí; en cambio, para gastarle...

CATALINA

Si solía gastarse antes de cobrarle, porque siempre andaba una entrampada.

MARTA

Ahora, suprimido, desconocido el dinero. Eso sí que es bueno y sencillo.

TANIS

Claro está: ¿Tienes gana? Come lo que necesites. ¿Tienes sed? Bebe lo que quieras, y diviértete á tu gusto cuando has cumplido tu tarea.

TOMÁS

(Con emoción, levantándose:)

¡Oh, el trabajo, el trabajo!... ¡Qué gran cosa es! Yo lo tengo en la masa de la sangre, y me tira; voy á dar una vuelta por los talleres. Ver aquellos muchachos tan activos y tan alegres... ¡Oh! ¡Eso me anima y fortalece! Los viejos como nosotros hemos de excitar á los jóvenes. ¡El trabajo, oh, el trabajo! En él se condensa todo lo bueno.

(Se va.)

LAMBERT

¡Cuánta razón tiene!

TANIS

¿Cómo no ha de ir bien todo con mozos como Santiago, los hijos Bernard, y todos, todos?...

CATALINA

Á propósito, abuela Marta: vuestra nieta Mariana...

BAUTISTA

¡Vaya una moza! ¡Esa sí que es una verdadera joya!

CATALINA

¿No manifiesta inclinación por Santiago?

MARTA

¡Ah! Me preguntáis más de lo que sé, y no puedo responder.

BAUTISTA

Á fe mía que le convendría bien á Santiago.

TANIS

Sí; harían buena pareja.

CATALINA

¿No se frecuentan?

MARTA

No lo sé... Quizá haya alguna cosa... Hasta es

probable; pero ella no lo ha dicho y no puedo asegurarlo.

CATALINA

Ya lo sabremos en la próxima fiesta.

TANIS

En esa fiesta de Floreal, cuyos preparativos comienzan ya... Sí, es de desear.

BAUTISTA

¡Oh la juventud! ¡Parece un sueño: también nosotros hemos sido jóvenes!

TANIS

¡No importa! Viendo estas cosas se rejuvenece uno... Todavía he de bailar... Abuela Marta, queda usted comprometida para...

MARTA

(Riendo:)

¿El vals?

TANIS

¿Os reís?... Aun dispongo de mis piernas para el caso, y si no... *(Se levanta é indica algunos pasos de baile.)* ¡Á ver si eso no es de recibo!

LOS OTROS

(Riendo:)

¡Qué abuelo Tanis! ¡Qué tipo es este Anciano!

TANIS

(Sentándose:)

¡Naturalmente! Cuando no se tienen cuidados ni temores, cuando todo el mundo se siente dichoso, bien ha de manifestarse... Dame la petaca, Bautista; he dejado la mía en casa; déjame fumar una pipa antes de comer.

MARTA

(Presentando su caja de rapé á Catalina:)

Un polvo, hija mía. *(Catalina acepta y ofrece á los hombres:)* ¿Sois servidos? *(Todos toman.)*

BAUTISTA

Me parece, abuela Marta, que os han hecho efecto las palabras del abuelo Tanis, ¿eh?

MARTA

¡Tonterías!

TANIS

Ha de haber viejos alegres. Es preciso que todo sea bello en la nueva Ciudad. Á fe mía, somos más dichosos que príncipes, en el tiempo en que existían esa clase de individuos.

LAMBERT

¡Oh, sí! Príncipes, burgueses, patronos... ¡Todo eso pertenece á la antigüedad! ¡No había pocas categorías de personajes inútiles!... ¡Emperadores, reyes y presidentes por aquí! ¡Ministros, gobernadores y guindillas por allá!... ¡Obispos y generales á carros!...

y toda la retahila consiguiente... ¡Qué abundancia!...
Y toda esa gentuza vivía á nuestra costa y encima se
burlaba de nosotros.

BAUTISTA

Y sin esa trinca de parásitos todo marcha perfectamente: ya no se pelea, ni se roba...

LAMBERT

Esto es sencillamente la vida recta.

TANIS

Sin ejército, sin policía, sin tribunales; ya no hay
quien tiranice, atormente, aburra ni explote.

JERÓNIMO

¡Bah, bah!

TANIS

¡No hay más que seres libres!

BAUTISTA

Excepto algún viejo testarudo que no quiere ver,
que se obstina en voluntaria ceguera.

TANIS

Exceptuando también los Lardor, los Quiscar
y algunos otros del mismo género.

BAUTISTA

Residuos; viejos duros de cocer.

TANIS

¡Infelices! No me cambiaría por ellos.

MARTA

Los Lardor parece que están desesperados.

TANIS

Sí, creo que rabian, y no salen de su casa. Hasta reciben la pitanza á modo de caridad.

BAUTISTA

¡Y sin eso, morirían de hambre!

LAMBERT

¡Ahora les toca el turno! ¡Que revienten! ¿Se inquietaban por nosotros cuando éramos los hambrientos? ¡Se les habría de cortar los víveres!

TANIS

¡Alto ahí, amigos míos! Seamos buenos y amables, como nos enseña Santiago.

LAMBERT

Sí; el bien siempre; el mal jamás.

MARTA

Mariana ha intercedido por ellos.

TANIS

El pueblo tiene siempre el corazón amplio.

CATALINA

Volviendo á lo que antes decía, abuela Marta, unid la idea de Mariana á la de Santiago, y convendréis en que el amor anda por medio.

MARTA

Es posible.

TANIS

Hermoso tiempo este en que se vive como hermanos, como amigos... Sin ricos ni pobres.

(Pasa un anciano apoyado en un bastón.)

LAMBERT

¡Oh! Miren al abuelo Maturin. ¡Eh! Venid á echar un párrafo con nosotros.

MATURIN

(Deteniéndose:)

¡Voy de prisa! ¡No tengo tiempo, amigos míos! Hay que ganar la sopa... Se acerca la hora de salir de los talleres... Vuelvo en seguida... Actualmente hay fiebre de producción... ¡Se fabrica, se fabrica!... ¡Qué hermoso es ver nuestra gente en la tarea!... ¡Ponen toda su alma en ella, y se entienden!... Nunca lo hubiera creído. Conque, amigos, ¡hasta la vista y buen apetito!

LAMBERT

(Levantándose:)

Vamos también, abuelo Maturin. ¿Vienes, Jerónimo?

(Se van los tres después de saludar. Los restantes se levantan.)

TANIS

Todavía se mantiene fuerte el viejo Maturin.

MATURIN

(Después de algunos pasos, designa una de las casas del fondo:)

Allí veo á Teresa á la puerta de su casa... *(Alzando la voz:)* ¡Salud, Teresa!

(Se oye la sirena de la fábrica.)

BAUTISTA

La salida. Vamos, vamos; no hagamos esperar á nuestras cocineras...

TANIS

(Dando algunos pasos:)

¡Un momento! Dejadme ver una vez más esa alegre banda... *(Sale por la izquierda una ola de obreros y obreras hablando y riendo... Á los otros:)* ¡He ahí la prosperidad pintada en los rostros! ¡Sí, ha cambiado el mundo! ¡Admiremos esa juventud!

(Conversación animada en el grupo que forman por el orden siguiente: Paulina dando el brazo á Clemente; Arturo, Santiago, Mariana, Felipe, Susana y Luisa.)

ESCENA II

PAULINA, CLEMENTE, SANTIAGO, LUISA, FELIPE,
ARTURO, MARIANA, ABUELO TANIS, BAUTISTA,
SUSANA, CATALINA, MARTA

PAULINA

(Á Clemente:)

¡El paño que fabricamos ahora es de una calidad y tiene un lustre!... Nunca habíamos obtenido tan excelente resultado.

CLEMENTE

Eso es bueno. Perfección constante; por bien que se hagan las cosas, nunca se considerarán excesivamente buenas. ¿Verdad, Santiago?

SANTIAGO

En efecto, amigos míos; celebremos esa perfección.

CLEMENTE

Pienso que ese producto adornará mejor que nunca los estantes de nuestro Palacio de la Abundancia.

MARIANA

Y que será de buen uso para quien lo emplee.

PAULINA

Eso es hablar como persona práctica.

LUISA

Lo expondremos en nuestro Floreal próximo.

PAULINA

¡Floreal! ¡Floreal! ¡Ohé, mozos y mozas; oid la gran palabra que os hace sonreír!... Caminad un poco... dadnos un ensayo de la fiesta, á ver si las parejas están bien formadas. (*Fórmanse algunas parejas y desfilan... Aplaudiendo:*) ¡Sea en hora buena!... (*Excitando á los individuos:*) ¡Vamos, Santiago!... ¡Vamos, Mariana!... (*Éstos ceden.*) ¡Salud á los bellos novios!

(*Los jóvenes se mezclan y se entremezclan.*)

LUISA

Dicen que el contingente será grande este año.

FELIPE

Calcúlase que habrá una quincena de parejas.

PAULINA

Sin contar los que, como nosotros, ¿verdad, Clemente?, surgen á última hora.

CLEMENTE

Nosotros nos habíamos adivinado ya hace tiempo.

LUISA

Esas uniones inesperadas constituyen una agradable sorpresa para la concurrencia.

FELIPE

Números imprevistos del programa.

PAULINA

¡Adelante, pues; fabriquemos paño, hermosas telas!...

(Risas de aprobación.)

ARTURO

... con mayor entusiasmo todavía!... Unos productos no harán desmerecer á otros: las herramientas que nosotros construimos son un modelo de perfección y elegancia; verdaderas joyas.

SANTIAGO

Sí, todo es buen gusto, solidez, belleza... Y el *stock* de nuestras reservas aumenta, aumenta cada día, aunque de él se saca ampliamente. ¡Esa sí que es la verdadera riqueza!... *(Llegan ante el grupo de los ancianos.)* ¡Ah! ¡Buen día, buen día! *(Múltiple buen día, al que responden los ancianos: «¡Salud! ¡Salud, muchachos!»)*

MARIANA

¡Ah! Ya esperábamos encontraros aquí tomando el sol.

TANIS

¿Qué hemos de hacer? También los viejos tienen sus citas.

BAUTISTA

Al veros tan animados, decimos: «He ahí unos que no se aburren».

MARIANA

¡Oh, no! De ningún modo.

TANIS

¡Aburrirse con esta danza! ¡Imposible! Jóvenes, fuertes, alegres y felices... Mira Paulina, del brazo con su hombre... Parecen unos enamorados.

PAULINA

Pues nuestra unión es ya de fecha larga, ¿verdad, Clemente?

CLEMENTE

Enamorados, si lo prefieres.

TANIS

(Á Santiago, indicando á Mariana con una mirada:)

¿No sientes deseo de hacer lo mismo, Santiago?

SANTIAGO

Precisamente eso es lo que me propongo, abuelo Tanis; esos matrimonios viejos me encantan.

PAULINA

(Aprovechando la oportunidad; al abuelo Tanis, designando á Santiago:)

¡Demasiado tímido!

TANIS

(Á Mariana:)

Apostaría á que tú no te haces la sorda. *(Á San-*

tiago:) ¿Va bien todo en la ciudad; marcha á tu gusto?

SANTIAGO

Sí, abuelo Tanis; todo va perfectamente.

BAUTISTA

Estamos maravillados de lo que has hecho en tan poco tiempo.

SANTIAGO

Lo que hemos hecho entre todos y cada uno. ¿Acaso no es buena la vida comprendida de este modo?

TANIS

Tú nos la has cortado sobre el patrón de la naturaleza.

SANTIAGO

Los compañeros y yo no hemos hecho más que seguir el impulso dado por vosotros; y si la vida es mejor, si nuestra Ciudad prospera se debe principalmente á nuestro régimen de trabajo libre... Preguntad á Mariana si le es grato trabajar por el bien general.

MARIANA

¡Oh, sí! Y mis compañeros tanto como yo, sin que por eso haya emulación entre nosotros: la alegría de hacer bien es nuestra regla... Pero ¿quién nos ha inspirado esta fe? ¿Quién, sino vos, Santiago, ha impulsado nuestra voluntad por la enseñanza y por el ejemplo?

SANTIAGO

¡Oh, Mariana! Agradezco infinito esa muestra de gran aprecio; pero habéis de observar que la lección y el ejemplo no constituyen un privilegio exclusivo; es una facultad que posee en el mismo grado cada uno de nuestros hermanos, cada una de nuestras hermanas, aunque lo ejerzan de un modo diferente.

MARIANA

Comprendo vuestra modestia... (*Á los ancianos.*)
Sin embargo, él es quien todo lo anima y embellece.

SANTIAGO

Esta vez protesto; el mérito corresponde á todos...

CLEMENTE

(*En voz baja después de acercársele.*)
¿Les oyes?

ARTURO

Sí; les estoy observando.

CLEMENTE

Creo que al fin se arreglará la cosa...

MARIANA

(*Continuando:*)
Él es el astro en cuyo derredor gravita...

SANTIAGO

(*Interrumpiendo:*)
¡Basta de alabanzas!

MARIANA

(Riendo:)

Él es...

TANIS

(Con sonrisa maliciosa:)

Sí, ya lo veo; él es el gallo, y tú...

MARIANA

(Riendo:)

Abuelo Tanis, el sol os ha calentado la cabeza...

TANIS

Tú, buena pieza, sí que puedes sufrir los efectos del sol...

VOCES

¡A la sopa, á la sopa!

MARIANA

(Riendo alegremente:)

Sí, hasta aquí llegan los vapores.

(Movimiento de los personajes; se reunen y pasan al primer término: Paulina, Luisa, Susana, Clemente.)

PAULINA

(A Luisa:)

¿Qué harás esta tarde?

LUISA

Una hora en casa, y quedo libre.

PAULINA

Ven á buscarme é iremos al Palacio de la Abundancia; necesito calzado... (*Á los hombres:*) Felipe y Clemente, ¿nos acompañaréis?

CLEMENTE

Hé aquí el empleo de mi tiempo: dos horas en la Biblioteca, una hora en la Mecánica y una hora en el Orfeón. Lo siento, esposa mía; no me queda tiempo.

FELIPE

Yo he de emplear dos horas en el Laboratorio; dos horas...

LUISA

(*Á Felipe:*)

¡Basta, basta! No te necesitamos.

PAULINA

(*Á Clemente:*)

¡Amor mío, pasaremos sin ti! (*Á Luisa:*) ¿Quién está de servicio en la Zapatería?

LUISA

No lo sé.

SUSANA

Pablo Bonchamp.

PAULINA

¡Estas muchachas están en todo!... ¡Mira, mira!

¿Qué quiere decir todo eso? ¿Habrá amorios de por medio?

LUISA

(Riendo   Paulina:)

Si, ¡como que va   hacerte sus confiancias!

PAULINA

¡Ya lo descubriremos! ¿vienes con nosotras, Susana?

MARIANA

(Interviniendo:)

Es imposible... ¿Y el ensayo?

SUSANA

(Riendo:)

¡Qué maliciosas sois!

SANTIAGO

(Disponiéndose   retirarse:)

Quedamos en que vendr is al ensayo.

SUSANA

No faltaremos.

TANIS

(Adelantándose:)

Hermosa promete ser la fiesta; más bella que las anteriores.

SUSANA

Sí, grandiosa y magnífica, como organizada por Santiago.

(Santiago toma actitud de protesta.)

MARIANA

Y, vedlo; no quiere convenir en ello.

(Se separan.)

CATALINA

(Yendo hacia abuela Marta:)

¿No os parece, abuela Marta, que esos dos jóvenes preparan su fiesta? ; Ya veréis como la cosa acaba en matrimonio!

BERTA

(Siguiendo á Catalina:)

Me parece que tenéis razón.

PAULINA

(Á su marido:)

¿Vienes, Clemente?

CLEMENTE

(Á quien Arturo ha hecho seña.)

Si, pronto vendré á buscarte.

(Se va Paulina.)

ESCENA III

ARTURO, CLEMENTE, *después* PAULINA

ARTURO

Me atengo á lo que dije el otro día: entre Mariana y Santiago no hay más que simpatía; de otro modo esa indecisión no se prolongaría tanto tiempo. Santiago seguramente está prendado de ella; eso salta á la vista; pero Mariana...

CLEMENTE

Y entonces, ¿será que se incline realmente hacia ese imbécil de Lardor?

ARTURO

Es probable.

CLEMENTE

Da pena pensarlo. ¿Viene todavía á rondar por nuestras calles?

ARTURO

Sí, de cuando en cuando; sin duda hay algo que le atrae.

CLEMENTE

¿Se ve y se habla con Mariana?

ARTURO

No lo creo; pero, ¿no has notado la expresión

enternecida y cariñosa de nuestra hermana cuando incidentalmente se habla de él?

CLEMENTE

Y eso te hace suponer...

ARTURO

Que el amor ó un sentimiento que se acerca mucho ha podido ser origen de esa ternura compasiva. ¿Cómo explicarse, si no, la reserva de Mariana respecto de Santiago?

CLEMENTE

Creo más bien que su corazón vacila entre dos inclinaciones: de un lado, Santiago, á quien ama; del otro, Lardor, á quien compadece.

ARTURO

¡Lardor! He ahí la consecuencia del mal que hemos hecho mostrándonos generosos con esos antiguos explotadores. Debiéramos habernos dispensado de socorrerles: son enemigos, pero enemigos irreconciliables.

CLEMENTE

Sin embargo, el deber lo prescribe.

ARTURO

Ese mismo deber regía también para ellos, y, en lugar de cumplirle, nos chupaban la sangre. Yo me opuse enérgicamente, ya lo recordarás, á ese socorro; pero prevaleció la idea contraria, apoyada por Mariana

y Santiago. Se ha cometido así una gran falta. Hermosa fórmula, no hay duda: pan para todos; hasta para los que lo quitaban cuando podían, y hoy, ya que no pueden robárnoslo, se niegan á producirlo. Eso es peor que alimentar zánganos; eso es criar víboras.

CLEMENTE

El precepto y el acto son bellísimos, hermano mío.

ARTURO

Pero no son justos, porque no son recíprocos. ¡Ya nos arrepentiremos cuando el mal no tenga remedio! Eso es un punto negro en el horizonte.

CLEMENTE

Lo sensible es por Santiago. Después de todo, Mariana es libre.

ARTURO

Dará un mal ejemplo en la Ciudad, bastardeándose con el descendiente de la raza condenada de privilegiados explotadores.

CLEMENTE

En último caso, si ella le quiere...

ARTURO

Se tienen ó no se tienen principios...

CLEMENTE

No puedes reprochar á Mariana que desconozca nuestras doctrinas.

ARTURO

Desconfío del burguesillo, que maniobra con habilidad: sabe que nuestra hermana es compasiva, y explota esa bondad natural. Nacido para explotar, su instinto le guía... Excitará la piedad de la joven exponiendo su desgracia, manifestando sus sufrimientos, y Mariana se creerá obligada á llenar la misión de tutora, de alma caritativa. Es una de esas situaciones sentimentales que agradan á las mujeres. Y no auguro nada bueno de esa debilidad romántica de Mariana.

CLEMENTE

¿Y con qué derecho te opondrías á esa inclinación?

ARTURO

¡Oh! Sentiré mucho que el golpe parta de nuestra familia... ¡Un Lardor, contra quien tanto luchó su padre!... Si aun es tiempo, impidamos que esa unión se realice. Piensa en las consecuencias: en primer lugar, el Lardor es un tipo ruín... un papirotazo le derriba. ¡Vaya una progenitura que dará ese encanijado! ¡No, no! La causa de la sociedad es superior á la de los individuos... Por el honor de los Bernard, tú y yo debemos oponernos.

CLEMENTE

¡Cómo!

ARTURO

Expulsando al intruso.

CLEMENTE

¡Mal medio! Mancharía el buen nombre de la Ciudad semejante atentado contra la libertad.

ARTURO

Entonces carecemos de firmeza.

CLEMENTE

Señalemos el peligro á Santiago, apresurándole á que se declare.

ARTURO

Si Santiago vacila, porque también ha adivinado.

CLEMENTE

Comprometamos á nuestra hermana á que se declare.

ARTURO

Con eso quizá anticiparíamos un fracaso imposible de reparar después.

CLEMENTE

¿No podríamos sostener un día una conversación delante de Mariana, presentando al tal Federico como un ente raquíptico y mezquino?

ARTURO

No es digno de nosotros usar medios indirectos.

CLEMENTE

Ó plantear categóricamente la cuestión, presentando todas sus consecuencias.

ARTURO

Tampoco; debes conocerla, su corazón habla antes que la razón; es una mujer.

CLEMENTE

¡Entonces!...

ARTURO

Lo mejor es dar á ese señorito una de esas lecciones que no se han de dar dos veces. Te prometo que á la primera ocasión ha de quedar satisfecho.

CLEMENTE

Bueno, ya veremos; quizá se arregle.

ARTURO

¿Qué hemos de ver? ¿Aplazamientos? No hay que entretenerse. Recordemos los consejos de...

(Sale Paulina.)

PAULINA

(Á distancia:)

¿Qué conspiráis aquí solos? Ya es la hora de la sopa...

ARTURO

(Á Clemente, designando á Paulina:)

¡Mira!... ¡Compara! ¡He ahí la sangre del pueblo, siempre roja... esa sangre siempre viva, en fusión, como lava de un volcán!...

PAULINA

Sí, Bernard el mayor, barnizad vuestros elogios...

ARTURO

(En el mismo tono:)

¡Acaso los retoños que broten de una pareja tan bella y rebosante de fuerza y vigor no han de ser la esperanza de la Ciudad!

CLEMENTE

(Con orgullo:)

Paulina, amor mío, toma á cada uno por un brazo; pondrás un cubierto más. Te convido, Arturo.

SEGUNDO CUADRO

Sala extensa, con una puerta á la derecha que da al corredor, y otra puerta al fondo izquierda.
Interior lujoso, pero descuidado.
Sillas, sillones y canapés enfundados.

ESCENA PRIMERA

SRA. LARDOR, *mujer de unos cincuenta años, vestida severamente, sentada en un sillón, entregada á una especie de inmovilidad; frente á ella, sentado en otro sillón, el cura CRISTÓBAL.*

SEÑORA LARDOR

(Tristemente:)

¡Ay, señor cura! ¿Estamos condenados á llorar, á llorar siempre nuestra desgracia?

CURA

Si tal es la voluntad divina, mi buena amiga, ¡resignémonos!

SEÑORA LARDOR

¡Qué destino!... *(Suspira.)* ¡Solos en este palacio que tuvo tan numeroso personal... lo menos cincuenta criados!

CURA

Consideraos dichosa por los dos que os quedan; ¡en otras casas no queda ninguno!

SEÑORA LARDOR

(Suspirando:)

¡Solos! ¡En una fábrica que tuvo dos mil obreros y empleados!... ¡Solos, ó poco menos, en una villa que contó más de diez mil habitantes!...

CURA

¡Sí, es este un aislamiento triste; pero sepamos soportar la adversidad con valor!

SEÑORA LARDOR

¡Es un adormecimiento que parece la muerte; una especie de letargia!... ¡Ningún ruido, ni el más mínimo rumor... silencio absoluto!... ¡Pero silencio helado!... ¡Oh, esto es siniestro!... ¡No se atreve nadie á salir de su casa!... ¡Fuera existe el vacío! ¡Qué cuadro tan triste y lúgubre el de esta villa muda!...

CURA

¡Juzgad de mi aflicción, yo que recorro esas calles desoladas; yo que veo diariamente ese espectáculo!

SEÑORA LARDOR

¡Sí, vuestra inagotable caridad os impone ese calvario!... ¡Pobre amigo! ¡Os debéis á los que quedan, y sois el único consuelo de los últimos fieles!

CURA

¡Cumpliré á todo trance y hasta el último extremo este santo deber de mi ministerio!

SEÑORA LARDOR

¡Oh, extinguirse... extinguirse así!... (*Animándose:*) ¡Y pensar que aun no hace veinte años todo era aquí opulencia! La prosperidad reinaba antes en nuestra casa; los Lardor eran las notabilidades de la villa, de la provincia... ¡Oh, esos obreros!... (*Apretando los dientes:*) ¡Bandidos! ¡Revolucionarios!

CURA

¡Calmaos, señora!

SEÑORA LARDOR

¡Ellos son la causa de mi aflicción!... ¡Nos han abandonado!... ¡Desiertos nuestros talleres!... ¡Inertes nuestros capitales!... ¡El mundo se hunde!... ¡Esto es el triunfo del mal!.. ¡Si á lo menos pudiéramos huir bajo un cielo más clemente!... ¡Pero el mal lo domina todo; la lepra se extiende por todas partes!... ¿Acaso todo el universo civilizado se ha impregnado de esas abominables teorías?

CURA

Pero huir, mi buena amiga, es permitir á esos malditos apoderarse aquí de todo: de los talleres, de los predios y cuanto constituye el objeto de su codicia.

SEÑORA LARDOR

¡Oh, señor cura! ¡Yo también, hasta el último extremo, permaneceré fiel guardiana de mis bienes! Y, decidme, amigo mío, ¿ha ocurrido alguna nueva defeción?

CURA

¡Ay, sí! ¡Los Michelin se han pasado al enemigo!...

SEÑORA LARDOR

¡Se entregan!... Ellos que habían jurado...

CURA

También se han ido, no se sabe dónde, el señor y la señora Chambliau.

SEÑORA LARDOR

¡Cobardes!

CURA

De manera que, ¡oh dolor!, en nuestro pueblo no quedan más que los Quiscar, los Richant, lo que con la vuestra, mi buena amiga, ¡suman tres familias!

(Entra el Sr. Lardor con la escopeta colgada del hombro. Cara triste; cabeza medio calva; barba descuidada; vestidos usados.)

ESCENA II

Los anteriores y el SEÑOR LARDOR

SEÑOR LARDOR

(Con abatimiento, exhibiendo dos pájaros muertos:)

¿Veis? ¡He ahí mi caza!... ¡Dos gorriones!... ¡Esto es una compasión!... ¡En el parque, ni liebres, ni conejos, ni faisanes!... ¡Y mis municiones se agotan... sin que me sea posible renovarlas!... *(Deja la esco-*

peta en un rincón.) ¡Oh, señor cura, señor cura,
dónde vamos á parar!

(Se deja caer como extenuado en un sillón.)

SEÑORA LARDOR

(Entre dientes:)

No es á los volátiles á quien habría que perseguir,
sino...

SEÑOR LARDOR

¿Á los bandidos de Naturalia, quieres decir? ¡Viles
canallas!

CURA

¡Sí, á esos predicadores de exterminio!

SEÑORA LARDOR

¡Á esos asesinos!

CURA

Á quienes se hubiera debido encerrar...

SEÑOR LARDOR

(Aumentando:)

¡Fusilar!

SEÑORA LARDOR

Se hubiera debido atravesarles la lengua con hie-
rro enrojecido, ¡ya que tanto les gusta el rojo!

SEÑOR LARDOR

Se les hubiera debido exterminar hasta el último.

SEÑORA LARDOR

¡Por desgracia, siempre se ha perdido el tiempo empleando contra ellos vanas amenazas!... ¡Las palabras, las frases!... ¡He ahí las armas empleadas por nuestros gobernantes y directores!...

SEÑOR LARDOR

(Aprobando:)

¡Cuando hubieran sido necesarios actos!... ¡Oh! ¿Sabes tú cuál fué para mí el mejor día de esos veinte últimos años?

SEÑORA LARDOR

No.

SEÑOR LARDOR

Pues aquel en que expulsé de mi casa á Bernard, el fomentador de huelgas...

SEÑORA LARDOR

¡Vaya una hazaña! El deber tuyo, como el de todos los partidarios de la autoridad, defensores del orden, era cortar el mal en su raíz, de perseguir sin tregua esos agitadores, esos perturbadores... ¿No es uno dueño en su casa? Muchas veces te lo he dicho: con vuestras concesiones y vuestro sistema conciliador, debilidad siempre, acabaríais al fin por ser dominados.

CURA

Y así ha sucedido, en efecto.

SEÑORA LARDOR

(Rabiosa:)

¿Esos obreros? Era preciso tratarlos como perros,

azotarlos con látigos, siempre, siempre... ¡Había que aplastar con el pie, como repugnante insecto, al que entre ellos levantara la cabeza!... ¡Había que reducir sus cerebros á pasta!

SEÑOR LARDOR

Todo eso está bien, señora: era preciso, era necesario... se dice fácilmente; pero...

SEÑORA LARDOR

... ¿Qué; los medios?... ¿Os faltaban acaso? ¿No poseáis la fuerza?

SEÑOR LARDOR

(Abatido:)

¿Ignoras que... las leyes de entonces...

CURA

¡Las leyes! Pues ¿quién sino vosotros hacía las leyes?

SEÑOR LARDOR

Muy fácil es censurar, señor cura; pero ¿y los preceptos religiosos?

CURA

¡Los preceptos religiosos!... Entregados á vuestros placeres, ¿acaso nos escuchabais cuando levantábamos nuestra voz contra la corrupción de los unos, la inercia de los otros y el abandono general?

SEÑOR LARDOR

¡Oh, eso es muy cómodo!

SEÑORA LARDOR

¡Si tú no has tenido nunca la menor energía!

SEÑOR LARDOR

Pero ¿hemos de tener cada día escenas semejantes?... ¡Acabaráis por volverme loco!...

SEÑORA LARDOR

(Continuando:)

Vosotros, los hombres de tu condición, no sabíais ser tiranos y déspotas más que con nosotras, vuestras mujeres, á quienes escatimabais sus gastos.

CURA

Y la falta recae sobre ellos.

SEÑORA LARDOR

Sobre ellos y sobre nosotros.

SEÑOR LARDOR

Esos reproches son inoportunos; hay, querida mía, muchas causas que desconoces: la crisis económica, los conflictos del capital y el trabajo...

SEÑORA LARDOR

¡Sólo te faltaba eso! Aceptarás acaso los sofismas que nos sirven esos tunantes?

CURA

Sofismas, vos lo habéis dicho. ¡Ah, su Ciudad! Yo

espero que un día la destruirá un cataclismo. ¡Sí, sobre esa aborrecida Gómorra lanzará Dios el fuego del cielo!

SEÑORA LARDOR

¡Dios no puede abandonarnos!

CURA

¡Confiemos en su clemencia!

(Una pausa.)

SEÑORA LARDOR

¡Cuánto odio á esa gente, y entre todos á ese Santiago!... ¡Santiago el apóstol!... ¡Santiago el igualitario!... ¡Santiago el emancipador!...

CURA

¡Satanás encarnado!

SEÑORA LARDOR

¡La turba vil de los obreros!... ¡El abyecto populacho!... ¡Bella gente del porvenir, á fe mía!... ¡Rostros ante los cuales da vergüenza reconocer su semejante! ¡Eso repugna! ¡El estómago se levanta de asco!... ¡Y pensar que antes teníamos á nuestros pies esos miserables, pidiéndonos favores, implorando nuestras gracias!... ¡Y que fuimos tan estúpidos que les concedimos gracias y favores!... ¡He ahí cómo nos pagan! ¡Ved cómo manifiestan su gratitud!...

CURA

¡Reduciéndonos al hambre!

SEÑORA LARDOR

(*Al cura:*)

¿Recordáis aquellas caras angustiosas, pálidas y suplicantes que se volvían hacia nosotros?...

CURA

Y aquellas manos juntas que se tendían...

SEÑORA LARDOR

¡Oh, si hubiéramos escupido en ellas!...

CURA

¡He ahí para qué nos han servido nuestro candor, nuestra bondad de alma!

SEÑORA LARDOR

El pasado se nos representa como un continuo reproche. El pasado siempre se evoca en los días malos.

CURA

¡Bebamos, para nuestro castigo, esa amargura; apuremos el cáliz hasta las heces!

SEÑORA LARDOR

Entre esos recuerdos los hay, sin embargo, que se suscitan con cierta complacencia... Así... (*dirigiéndose al Sr. Lardor*) ¿te acuerdas de Magdalena?...

SEÑOR LARDOR

Dejemos esas historias.

SEÑORA LARDOR

No, no; ahora hay que hablar de ellas. ¡Qué picante alegría! ¡Oh, esa es mi venganza! ¡Déjame saborearla! Tú la deshonraste... y otras... ¿muchas?... ¡Dime cuántas! Hubieran debido pasar todas, todas; y yo gozaría sabiéndolo en este día!... *(Al cura:)* ¡Y no hay duda que esas tales sean las santas de su ciudad!... ¡Modelos de virtud! ¡Qué moral y qué religión habrá por allá! ¿No es verdad, señor cura? Veréis, ¿queréis saber noticias de... ese barrio?... *(Va á la puerta de la derecha y llama:)* ¡Julia!... *(Vuelve á sentarse.)* ¡Oh, sobre ese capítulo!...

CURA

Sí, ya lo sé; charla con una satisfacción visible. Pero entretengámosla en ese espíritu de desprecio para preservarla de toda tentativa de evasión.

SEÑORA LARDOR

Sí, con promesas, con alabanzas... ¡Oh, qué yugo!
(Se presenta Julia, tipo corpulento, rojizo y antipático.)

ESCENA III

Los anteriores y JULIA

JULIA

(Á la puerta:)
Señora...

SEÑORA LARDOR

Venid á acompañarnos, mi buena Julia. Como le

decía á nuestro venerable señor cura, vos y vuestro marido nos sois fieles; vuestra buena acción será recompensada...

(Le indica una silla.)

JULIA

Mi buena señora, ¡os queremos tanto!

SEÑORA LARDOR

¡Oh, Julia; es un milagro del cielo que vivamos todavía!... Á propósito, ¿dónde está Justino?

JULIA

Ha salido; ha ido á la... no me acuerdo cómo se llama, á esa ciudad maldita.

SEÑORA LARDOR

(Fingiéndose estremecerse:)

¡Ah, Dios mío!

JULIA

Se ha de ir por fuerza para traer provisiones. Si no, no habría de qué, puesto que ya no hay vendedores hace un siglo; bien lo sabe la señora.

SEÑORA LARDOR

¡Señor, tened piedad de nosotros!

CURA

¡Señor, perdonad á los malos!

SEÑOR LARDOR

De buena gana comería un pollo trufado.

JULIA

Si tuviera á mano lo necesario, el señor tendría el pollo con trufas y todo; pero habrá de quedarse con las ganas. ¡Gracias que no nos falte el pan!

SEÑORA LARDOR

¡Qué triste fin!

JULIA

La cooperativa nos lo da; no es un misterio para nadie.

SEÑORA LARDOR

¡Aceptar ese pan es el colmo del ultraje!

JULIA

El pan y otras cosas que sabéis... carne, legumbres, verduras...

SEÑORA LARDOR

Bien debidas nos son esas provisiones, ¿acaso no hemos asegurado la existencia á miles de ellos?

CURA

(Á Julia:)

¿Continúan vendiendo sus mercancías?

JULIA

Sí, señor cura.

CURA

¡Ah, tunantes! ¡Después de gritar tanto que con su nuevo régimen no era necesario el dinero! ¡Hipócritas!

SEÑOR LARDOR

¡Cínicos!

JULIA

¡Oh, sí! Son unos embusteros; yo les pago todo, lo juro, y muy caro.

CURA

¿Lo veis? Ese sistema no puede sostenerse; no puede durar ese edificio social, y acabarán por devorarse unos á otros; yo lo preveo. Pronto veréis sobreponerse los apetitos particulares.

JULIA

Á pesar de todo, siempre hay algunas frioleras por aquí ó por allá, que nos regalan.

SEÑORA LARDOR

¡Ahora nos dan limosna; no nos faltaba más que esa afrenta!

CURA

¡Es sangrienta!

SEÑORA LARDOR

(*Á Julia:*)

¿Por qué nos ha guardado el secreto tanto tiempo?

SEÑOR LARDOR

(*Agitándose:*)

¡Oh! ¡Brrr!

JULIA

Temía disgustar á la señora... me había propuesto no decir nada; pero me ha llevado demasiado lejos el deseo de satisfacer al señor cura; la señora me perdonará.

CURA

Agradezco vuestros informes, hija mía. Eso nos demuestra cuán ciega fué nuestra confianza con esa gente, y qué despreciables son los que de ella han abusado... Y vos sois tan recta que no habéis visto el lazo que se os tendía.

SEÑORA LARDOR

De todos modos, Julia, no debisteis consentir...

JULIA

Muy bien, señora; la vez próxima no aceptaré.

SEÑOR LARDOR

No aceptar sería tal vez suscitar complicaciones.

JULIA

Hay que pensarlo... con relación al pan que nos dan... porque si les pasara por la cabeza suprimirlo...

SEÑORA LARDOR

(Alarmada:)

¡Oh, no diga usted eso, justo Dios!

JULIA

Bien hemos de pasar por donde quieren; y además dicen que no se os debe privar de todo, y aun no contentos con darnos lo necesario, aun añaden algún extra...

SEÑORA LARDOR

¡Qué canalla! ¡Qué miserables! ¡Envilecernos con esos procedimientos!

CURA

Ó mejor dicho, ¡qué espíritus tan diabólicos! ¡Qué cálculo tan malicioso!

SEÑORA LARDOR

Tienen la mendicidad en la sangre; nos devuelven nuestros beneficios trocados en injurias... ¡Nos asesinan péfida y fríamente!

CURA

¡Y no poder nada contra ellos!

SEÑORA LARDOR

¡Nada!... ¡Ah! Sin embargo, si de nuestra parte hubiera hombres valerosos!...

(Una pausa.)

JULIA

(Rompiendo el silencio:)

Según dice Justino, parece que celebran en su barrio fiestas en grande, señora.

SEÑORA LARDOR

Naturalmente, orgías crapulosas.

JULIA

Diversiones, no más que diversiones.

SEÑORA LARDOR

(Con sequedad:)

¿Y eso os da deseo de concurrir á ella?

SEÑOR LARDOR

Una sola vez no hace costumbre.

JULIA

(Á la señora:)

Si la señora no se opone...

SEÑORA LARDOR

No, por mi parte... *(Al cura:)* La hija adoptiva de nuestro buen cura no se permitirá placeres deshonestos.

CURA

(Á la señora:)

No lo temo: una piadosa hija de María, educada, como lo está Julia, en los principios de nuestra santa madre la Iglesia, no entrará en el camino de perdición...

JULIA

(Aparte:)

¡Ah, sí! Ahora voy á cogerlos á mi vez... *(En voz alta:)* Perdonadme, señora, y vos, señor cura, si manifiesto alguna admiración. No pensaba yo que sería cosa detestable hasta ese extremo esa ciudad, cuando veo que el señorito Federico tiene relaciones en ella...

SEÑORA LARDOR

(Con sobresalto:)

¡Mi hijo!

JULIA

(Aparte:)

¡Ya pica! *(En voz alta:)* Sí, preguntad á Justino.

CURA

¡Qué sacrilegio!

JULIA

Hasta creo que corteja una de esas muchachas.

SEÑORA LARDOR

¡Julia; mirad lo que decís!

JULIA

¡Diré una señorita!

SEÑORA LARDOR

¡No, no la calificuéis así! Continuad.

JULIA

Una joven llamada Mariana.

CURA

¡Qué nombre! Pero Justino se habrá equivocado.

JULIA

No, señor; yo os aseguro que es serio; y hasta que la cosa marcha.

SEÑORA LARDOR

El caso vale la pena de ser aclarado... (*Á Julia:*)
Id á buscar en seguida á Federico; sobre todo no le digáis una palabra de las revelaciones que acabáis de hacer.

(*Sale Julia.*)

ESCENA IV

SEÑORA LARDOR, EL CURA CRISTÓBAL,
SEÑOR LARDOR

SEÑORA LARDOR

(*Al cura:*)

Veis, ¡vuestro discípulo!... ¿Se contagiará?

CURA

Algún devaneo ó pecadillo.

SEÑORA LARDOR

¿Aun en este caso toleraréis?

CURA

No precisamente; reconozco que Federico se aventura en mal camino; pero no prejuzguemos sin oírle.

SEÑOR LARDOR

¡Bah! Palabras de doméstico...

CURA

La confesión será bastante difícil; Federico es de carácter disimulado, y no se manifestará.

SEÑORA LARDOR

Razón de más para ser severos; estoy enojada...

SEÑOR LARDOR

Más vale que no esté presente; podría irritarme...
(*Se levanta y toma su escopeta.*)

SEÑORA LARDOR

(*Desdeñosa:*)

Sí, id á vuestra caza... (*Le mira alejarse:*) ¡Qué hombre!...

ESCENA V

SEÑORA LARDOR, EL CURA CRISTÓBAL

CURA

Bien mirado, el acto de Federico no es de los que hayan de condenarse sin remisión.

SEÑORA LARDOR

¿Ya tanta indulgencia?

CURA

Admitiréis como yo, mi buena amiga, que la situación de un joven aquí no tiene nada de agradable. Estando solo, hay que reconocerlo, no es esto muy recreativo... Federico padece la enfermedad de sus años, y... todos nuestros discursos serán inútiles; los ojos de una mujer joven tienen más imperio que los mejores razonamientos.

SEÑORA LARDOR

¿Aprobáis su conducta?

CURA

Procuro sacar partido de las circunstancias, como vais á ver. Dedicar Federico al celibato perpetuo es una pretensión inadmisibile; mientras que si pudiéramos ganar la mujer de que se trata y retenerla en esta morada, ¿no sería un arma poderosa en nuestro poder contra la Ciudad?

SEÑORA LARDOR

¡Yo soportar eso! ¡Tener siempre á la vista una de esas criaturas!...

CURA

¡Qué triunfo si nos apoderásemos de esa presa! ¡Qué superioridad tendríamos si lográramos arrancar un alma á ese medio abyecto!

SEÑORA LARDOR

No, no; ¡harto he sufrido con esos miserables!... Lejos de entrar en componendas, quiero encastillarme en mi orgullo de mujer y ostentar mi dignidad de madre: mi hijo habrá de inclinarse; yo no me despojaré de mi autoridad frente á frente de él. ¡Este Federico! ¡Ya tengo alguien sobre quién descargar mi desprecio! Sois libre de tratarle como mejor os parezca.

CURA

Sea; he aquí mi táctica: un sermón fuerte, con tono magistral y luego retirada en buen orden... ¿Dónde nos encontraremos para comunicarnos nuestras impresiones?

SEÑORA LARDOR

En mi gabinete.

(Ruido de pasos. Entra Federico.)

ESCENA VI

Los anteriores y FEDERICO

FEDERICO

¿Me llamáis, madre mía?

SEÑORA LARDOR

(Con dureza:)

Se nos ha dicho, Federico, que, á pesar de nuestra formal prohibición, os comunicáis con los malhechores de la Ciudad, nuestros enemigos.

FEDERICO

(Confuso:)

Madre mía, declaro que...

SEÑORA LARDOR

¡Cómo! ¿Frecuentáis esos lugares inmundos?

FEDERICO

Yo...

SEÑORA LARDOR

¡Respiráis ese aire pestilencial!

FEDERICO

Yo no he...

SEÑORA LARDOR

¿Tratariais de excusar vuestros actos?

FEDERICO

¿Tan culpable soy á vuestros ojos?

SEÑORA LARDOR

(Ofensiva:)

¿Nos diréis hasta dónde llegan vuestras relaciones con cierta perdida llamada Mariana? *(Silencio de Federico.)* ¿No respondéis? ¿Tendrá ya esa pícara más influencia sobre vos que vuestra madre y vuestro digno preceptor?

FEDERICO

Madre mía, sé todo lo que os debo, lo mismo que á mi venerable preceptor, pero...

SEÑORA LARDOR

¡Callaos! ¡No respondáis! Vos que ponéis el honor de los nuestros á los pies de esa... virtud.

FEDERICO

¡Madre mía!

SEÑORA LARDOR

¿Os han seducido sus vulgares encantos? ¿Encontráis bello, sin duda, el régimen de esas gentes?... *(Volviéndose hacia el cura.)* Decid, señor cura, ¿cómo llaman lo que para nosotros era el santo sacramento del matrimonio?

CURA

(Á media voz y persignándose:)
¡El... amancebamiento!

SEÑORA LARDOR

¡Horror! ¡Se ha de cubrir el rostro! ¡Oh qué cosa tan odiosa! ¡Tal desarreglo de costumbres! ¡He dado la luz á un monstruo semejante?

CURA

(Interponiéndose:)
¡Vamos, señora Lardor!

SEÑORA LARDOR

(Sin hacerle caso y dirigiéndose á Federico:)
¿Aceptáis, á pesar de nuestro ejemplo, de nuestros consejos y de nuestros sufrimientos, las ideas de esos malvados?... ¡Oh, infames!... ¡Nos han reducido al último extremo, y son nuestros carceleros, esperando ser nuestros verdugos!... ¡Sois un mal hijo, un ingrato y os reniego!... ¡Vuestro orgullo debería consistir en acabar donde acaben los vuestros digna y honradamente!...

CURA

(Fingiendo interponerse:)
¡Vamos, señora Lardor!

SEÑORA LARDOR

(Con mayor aspereza:)
¡Al contrario, este hijo pacta con los enemigos de su padre y de su madre!... Federico, ¿seriais parri-

cida? ¡Oh, Dios mío; cómo os deslumbran esas costumbres ateas é impías, por las que sacrificáis las costumbres austeras de vuestra familia, las rígidas virtudes de vuestros antepasados! ¡Oh, me avergüenzo de vos, que no os avergonzáis de nada!...

(Se retira con altanería.)

CURA

(Siguiéndola precipitado:)

¡Señora Lardor, por piedad!...

(La señora Lardor sale sin atender al cura.)

FEDERICO

(Adelantándose en la escena, aparte:)

¿Cómo habrán olfateado la cosa?...

(El cura se acerca á Federico.)

ESCENA VII

EL CURA CRISTÓBAL Y FEDERICO

CURA

(Suavemente:)

No hacéis bien, hijo mío, hiriendo los sentimientos de una madre; es siempre una herida sensible para una mujer austera y piadosa como lo es la señora Lardor.

FEDERICO

Ya me veis bien afligido, señor cura; yo os aseguro que no he pensado ofenderla en lo más mínimo.

CURA

Sí, lo sé; os sirve de circunstancia atenuante haber obrado sin intención; pero también se hace el mal por inadvertencia.

FEDERICO

Pero, ¿he cometido una falta en realidad? Se considera como un crimen un simple paseo... Una sencilla curiosidad á lo más...

CURA

Sois joven, hijo mío, y no veis el peligro; cederais al espíritu tentador, al espíritu de malicia. Mi deber es ilustraros y no permitir que la corrupción gangrene vuestra alma. Sobre todo guardaos de dar oídos á esas supuestas ideas humanitarias..

FEDERICO

¡Pero si no hay nada de eso!

CURA

¡Se intentará!... Esas ideas son falsas, sin fundamento y conducen á la irreligión, á la aridez de los corazones; teorías huera, hijas de cerebros enfermos; seductoras, porque adulan los apetitos del cuerpo, siempre groseros...

FEDERICO

Pero si nadie se me acerca ni me habla... Si no hago más que cruzar la Ciudad como espectador mudo.

CURA

Eso me tranquiliza; el daño no es tan arraigado

como me lo había figurado... ¡Si hasta ahora no hay más que el pecado de concupiscencia!... En resumen, no es grande la falta de ceder al impulso de una sangre joven, de ceder al impulso de la savia excesiva de una naturaleza ardiente... Sobre este punto os haremos alguna concesión, de acuerdo con la tolerancia de nuestras leyes religiosas: la mujer está destinada al hombre, y es para éste una cuestión de conquista; pero hay cierto límite que es imprudente franquear. El placer es permitido... ¿porque supongo que el placer es el único atractivo que os ha impulsado á?...

FEDERICO

No os comprendo, señor cura.

CURA

Hasta la licencia es excusable; pero no deis más que vuestros sentidos, no vuestro corazón; no mancielléis vuestra alma...

FEDERICO

Me defiendo de todo mal pensamiento, conformándome en esto con vuestros prudentes preceptos.

CURÁ

¿Pues y esas relaciones?... ¿Y esa Mariana?... ¡Supongo que no tendréis el propósito de contraer una alianza con personas que han jurado nuestra perdición!

FEDERICO

Á fe mía, señor cura que no sé qué ha podido dar

curso á una historia semejante: esa muchacha la conozco solamente por la casualidad de haberla visto dos ó tres veces... hasta os diré que vacilo entre el deseo de huir de ella y el de buscarla; pero afirmo que no he comprometido ni á los míos ni á mi mismo.

CURA

Me felicito de que sea así, mi buen Federico; temía que os hubieseis dejado sobornar por las funestas máximas de los malos. Con esa máxima de la fusión de las clases, por ejemplo: los que la predicán no tienden sino á arrancaros á los vuestros, á destruir la familia para sustituirla por no sé qué cosa abominable que llaman la Comunidad... No, Federico; no os dejéis engañar; permaneced dueño de vos mismo, y aunque gozando de las efimeras delicias de una vida sensual — para que veáis hasta qué punto somos conciliadores —, no abdiquéis vuestra dignidad de hombre superior; de la morada de los vuestros que se desocupa de día en día, haced un puesto de honor...

FEDERICO

(Aparte:)

¡Vaya una homilía!

CURA

¿Se opera en vos la gracia, hijo mío? ¡La Providencia tiene designios inexcrutables! ¡Quién sabe si en una naturaleza leal como la vuestra ha puesto un corazón sensible y generoso para servir sus miras! ¡Si os ha elegido para reconstituir el hogar familiar destruído por manos impías y sacrílegas!... ¡Ah, hijo mío! Vos desplegaréis, estoy seguro de ello, vuestros talentos, prodigaréis vuestra bondad nativa para volver al aprisco una oveja descarriada, insensible á la

voz de los pastores, pero no á la del amante. ¡Amad pues, hijo mío, amad; pero amad para la mayor gloria de Dios, para la renovación de la que merecerá vuestro corazón!... (*Le pone una mano en el hombro.*) ¡Id, medita sobre estas palabras de un ministro de paz, á quien el espectáculo de una perversión excesiva hace á veces rígido; en el recogimiento y en la soledad conversad con vos mismo y que la inspiración divina os anime!

(*Salen. Un instante después aparecen Julia y Justino.*)

ESCENA VIII

JULIA Y JUSTINO

JULIA

(*En tono confidencial:*)

¡Si supieras qué escándalo! Yo escuchaba en el pasillo... ¡Á tu señorito Federico le han puesto la cabeza como un bombo!

JUSTINO

(*Cándido:*)

¡Vaya una vida para un joven! Quedarse aquí cuando ya no se encuentra una mujer por un ojo de la cara...

JULIA

Con esas reflexiones nos harás sospechosos para nuestros amos.

JUSTINO

¡Nuestros amos, nuestros amos!

JULIA

Nuestros amos, claro está; ¿no son ricos?

JUSTINO

¡Para lo que les sirve la riqueza! Se morirían de hambre si...

JULIA

¡Qué! ¿Te dejarás embabiecar por los de la Ciudad con tanto frecuentarlos?

JUSTINO

¡Como se está aquí tan alegre!

JULIA

¡Puedes quejarte, después de pasar el día sin hacer nada!

JUSTINO

Pues ya comienzo á estar harto de esta vida.

JULIA

Ten paciencia, hombre; tu Julia no es tonta. Déjame redondear la bolsa...

JUSTINO

Me parece que la cosa tarda demasiado.

JULIA

No, puede presentarse de repente... Ya tengo enganchado al patrón.

JUSTINO

Él es un monigote.

JULIA

¡Pobre hombre! Sisa para golosinas, le gustan los manjares finos... Además de esto, yo me dedico á arreglar á estos amos. Ahora acaban de saber que su hijo vuelve la casaca... Yo les he puesto el cebo y ellos han picado... ¡Déjame hacer!... Los agriaré tanto como pueda contra el muchacho, hasta que, haciéndosele insoportable la vida, acabe por largarse... y entonces quedaremos únicos herederos.

JUSTINO

Sí, fíate en tus amos. Ahora te miman, porque te necesitan; pero siempre les oirás decir: ¡el popula-cho!, ¡la canalla!, ¡la pleble! ¡y eso va también contra nosotros, porque al fin somos del pueblo!

JULIA

No seas tan susceptible. Considera que es su manera de hablar, y que nosotros por interés debemos callarnos.

JUSTINO

Mira como al amigo de la casa, al señor cura, no le tratan así.

JULIA

¡Bueno! ¿Has acabado?

JUSTINO

¡Claro! Como que pertenece á la gente fina.

JULIA

No seas tonto; puesto que se trata de tu beneficio,
cierra los ojos y fíate de mí.

TELÓN

ACTO SEGUNDO

CUADRO TERCERO

Grandioso salón de forma octógona; al fondo, un estrado; en frente una gran mesa en forma de herradura guarnecida de canastillos de flores, de cestos llenos de botellas, de bandejas llenas de vasos.

Entrada á cada lado con portiers dan acceso á las piezas inmediatas.

Asientos dispuestos con simetría á derecha é izquierda con el paso correspondiente á cada entrada.

El salón está empavesado; cortinajes, pinturas decorativas, cuadros, esculturas.

Plantas y arbustos dispuestos convenientemente, formando paseos.

La luz viene de arriba é inunda la sala de claridad.

ESCENA ÚNICA

Confusión armónica de hombres, mujeres y niños en trajes de fiesta; la mayor parte sentados. Vaivén de grupos desfilando ante las pinturas, que se dispersan y se mezclan unos con otros.

Niños que juegan, ríen, charlan.

A izquierda, ABUELO TANIS, sentado, rodeado de los suyos; primera fila.

Á derecha, primera fila, LAMBERT, TOMÁS y otros ancianos.

SANTIAGO, ARTURO, CLEMENTE, FELIPE y otros obreros.

FEDERICO.

Jóvenes de ambos sexos.

I

Primer grupo al proscenio: BAUTISTA, ABUELO MATURÍN, FELIPE, OBREROS *de diversas edades.*

BAUTISTA

¡Qué bien hacen las cosas nuestros jóvenes!

MATURIN

Sí, tienen gusto; son artistas.

TOMÁS

(Llamando desde su sitio:)

¡Eh! ¡Abuelo Tanis, Anciano, venid aquí!

TANIS

(Desde su sitio:)

¡No puedo; los niños no me dejan!

FELIPE

(Á un compañero:)

¿Estás bien, Benito?

OBRERO

(Contestando:)

¡Oh, sí! Aquí estamos en nuestra casa, sin etiquetas ni ceremonias.

FELIPE

Aquí se practica la igualdad.

TOMÁS

(Á una joven que pasa:)

Susana, ¿se halla entre esos ramilletes el vuestro?

SUSANA

(Riendo:)

Pronto lo veréis.

OBRERO 2.º

(Designando un personaje retirado hacia el fondo izquierda:)

¿Quién es aquel joven que se ve allá en pie?

OBRERO 1.º

No le conozco.

OBRERO 2.º

No habla con nadie...

FELIPE

¡Espera!... ¡Pues si es el hijo de Lardor!

BAUTISTA

¡No tiene vergüenza de presentarse aquí!

OBRERO 1.º

No me explico su presencia.

FELIPE

Bien venido sea si trata de convertirse.

OBRERO 2.º

No lo espero.

MATURIN

¿Dónde está Santiago? Todavía no le he visto.

FELIPE

Hace poco andaba por aquí... Tiene mucho que hacer en este momento; está en todo.

MATURIN

Me han dicho que él hará el discurso.

FELIPE

Quería ceder el puesto á otro, pero se ha insistido tanto en que fuera él, que al fin ha tenido que aceptar.

BAUTISTA

Es que ese mozo domina cuando habla.

OBRERO 1.º

¡Habla con tanta sinceridad!

MATURIN

Vamos un poco á ver las máquinas.

FELIPE

Sí, venid á ver una nueva máquina para la fuerza eléctrica... Funciona admirablemente: se gobierna con facilidad, sin ruido y sin trepidación...

(Se dispersan y salen por la izquierda.)

II

Segundo grupo, formado por dos parejas de jóvenes

JOVEN 1.^o

(Á la joven que lleva del brazo:)

¡Qué flores tan bellas en el canastillo!

JOVEN 1.^a

¡Flores esponsalicias, vuestra vista conmueve el corazón!

JOVEN 2.^a

(Á su novio:)

¡Hermoso día, Fernando, amado mío!

JOVEN 2.^o

Juana, mi bien amada, piensa que pronto... ¡Oh!
¡Es delicioso el amor!

JOVEN 1.^o

(Á los otros:)

¡Es esta una costumbre encantadora!

JOVEN 2.^o

¡Hermosa provisión de ramilletes!

JOVEN 1.^a

¡Cómo se los ofrecen!

JOVEN 2.^a

Fernando, yo te elegiré mi esposo, y te presentaré el ramo florido... ¿Quieres reservarme este honor?

JOVEN 2.^o

Como quieras, vida mía.

JOVEN 1.^o

¿Veremos esta vez á Santiago hacer su elección?

JOVEN 1.^a

Ved Mariana, qué hermosa es.

JOVEN 2.^o

Á todos nos complacería verlos unirse.

JOVEN 2.^o

Sí, la alegría sería general.

(Pasan.)

III

Tercer grupo: ARTURO y CLEMENTE

ARTURO

¿No te lo decía yo? Ahí está el Lardor; repara cómo mira á Mariana...

CLEMENTE

Sí, pero nuestra hermana parece indiferente.

ARTURO

¿Indiferente? ¿Crees que responderá mejor á las declaraciones de Santiago?

CLEMENTE

Si está todavía indecisa...

ARTURO

Repito que es grave que ese Lardor se atreva á presentarse en tal día públicamente.

CLEMENTE

¡Santiago le aventaja por tantas cualidades!

ARTURO

Es verdad; pero la actitud de Mariana no deja de ser dudosa.

CLEMENTE

Y después de todo, si prefiriera el Lardor, es libre en su elección.

ARTURO

¡Cómo, no había de tomar marido entre los nuestros!

CLEMENTE

Qué quieres; todos los hombres somos hermanos

bajo el sol, y los compañeros tienen el derecho incontestable de pretender la mano de las bellas.

ARTURO

Los compañeros, sí; ¿pero es ése un compañero?

CLEMENTE

Eres demasiado riguroso.

ARTURO

Será una vergüenza para nosotros, incurriremos en la reprobación general, y...

PAULINA

(Llega, á Clemente con tono festivo:)

¡Pero hombre, me plantas de ese modo!... Por poco echo raíces... ¿Se ha visto picardía semejante? ¿Conque soy un estorbo?... ¡Arturo, te tengo rabia! Me confiscas demasiado mi compañero... ó es él el pícaro que se atrevería... Ven, ven conmigo, y te enseñaré la urbanidad debida á tu compañera... *(Riendo y haciendo una reverencia á Arturo:)* ¡Hasta la vista, mi querido cuñado!

(Se va llevándose á Clemente.)

ARTURO

(Solo:)

Obraré por mi cuenta; yo sabré provocar el incidente favorable... *(Á Santiago que se presenta:)* ¿Qué te parecen esos ramilletes, mi buen amigo?

SANTIAGO

(Con acento triste:)

¡Bellísima floración!... ¡Pronto, en manos de nues-

tra gallarda juventud, será semilla de porvenir para el progreso y engrandecimiento de nuestra Ciudad!

ARTURO

¿Y tú no haces más que contemplarla?

SANTIAGO

Por ahora, sí. ¿Y tú?

ARTURO

Me guño por ti, querido amigo... sintiendo mucho no haberte avivado más: piensa en la cosecha de porvenir, debilitada por nuestro retraso.

(Dan las dos.)

VOCES

¡Silencio! ¡Schs! ¡Sentarse!

(Los dos amigos se dan las manos y se separan. Los que estaban en pie se sientan. Todos se arreglan.)

SANTIAGO

(Para sí mismo:)

¡Ay de mí!

(Lentamente y con la cabeza inclinada se dirige al estrado cuyas gradas sube.)

SANTIAGO

(Á la concurrencia:)

¡Compañeras, compañeros! Saludo con vosotros esta fiesta de Floreal, fiesta de los esponsales en que, á la vista del pueblo reunido, se sellan las uniones fecundas de los amantes sanos, robustos y fuertes con

las amantes alegres, cariñosas y bellas!... ¡Hoy le amor soberano se anuncia entre nosotros por las vibraciones de una ardiente juventud y por los estremecimientos de una multitud entusiasta: ¡Saludemos el amor!

Saludar el amor es cantar el himno eterno de la naturaleza, vivificada por un fuego incesante, por intensa é inextinguible luz que ilumina con brillante resplandor formas seductoras, suntuosidades incomparables. ¿No la vemos, palpitante en sus ímpetus, desbordar la savia de la vida, y en sus manifestaciones prolíficas, en sus caricias, constituir la manifestación más intensa del amor?

Saludar el amor es para unos, viejos patriarcas, representarse á través del recuerdo una continuación de cuadros encantadores; para otros, jóvenes adolescentes, entrever por las gasas vaporosas de la ilusión la sucesión ininterrumpida de los mismos bellísimos cuadros. ¿Quién, por la imaginación ó la memoria, no ha de complacerse en reconstituir esas interesantísimas escenas que expresan de una manera positiva lo fundamental y lo poético de la vida? ¡La mirada que se clava en la mirada! ¡Oh seductora turbación!... ¡Seres que llevan en sí un mundo de inteligencia y de sentimiento, se dan y se toman espontáneamente; dibújanse sonrisas; el corazón sube á los labios!... ¡Oh, representaos en los bosques las sombras furtivas que se deslizan bajo el follaje; los estremecimientos de esas parejas castamente enlazadas, y saboread las delicias del primer beso!... ¡Ese es el amor naciente; flor que entreabre discretamente su corola!... ¡Después, á la faz del sol, sumergidas en hondas de luz, en día solemne, las parejas amorosas se presentan radiantes, embriagadas de felicidad! ¡Saludemos ese día en que resplandece y vibra el amor; el amor, fuerza expansiva de las ciudades, radiación de esperanza, acto de vivísima fe en el porvenir!

¡El porvenir, compañeros, la vida de mañana!

¡Concedamos un pensamiento á esa sucesión de días que ha establecido en nuestra Ciudad la feliz armonía de todos los brazos, de todos los cerebros, de todos los corazones! No separemos el culto del trabajo del culto del amor: ¡honor al trabajo, generador de libertad; al trabajo, que da fortaleza; al trabajo, que obra y dignifica; al trabajo, ley universal! Vamos por el amor y el trabajo hacia la justicia y la belleza, hacia el ideal; remontemos nuestro vuelo en un campo cada vez más amplio, en un espacio cada vez más libre! ¡No estrechemos nuestra vida; no la limitemos á nuestros solos deseos de bienestar material; extendamos, por el contrario, nuestro dominio con los recursos infinitos de nuestro corazón; vamos hacia el porvenir con la mente exaltada por las sublimes aspiraciones; desarrollemos nuestro yo con esos movimientos inseparables del ser: sentir, gozar, emocionarse, enternecerse y llorar á veces! ¡Sigamos el impulso de las generosas pasiones que nos animan; coloquemos siempre más alto y más adelante el grado de perfección humana!... ¡Para cooperar á la obra de la felicidad común, compañeros, amemos, trabajemos!

(Bravos y aplausos.)

TANIS

(Levantándose:)

¡Oh, qué hermoso! ¡qué hermoso!... ¡qué... hermoso! *(Carece de palabras para expresarse; llora. Sensación.)* ¡No puedo remediarlo; este espectáculo me conmueve! Quisiera deciros... lo que siento... pero no puedo... ¡Oh, es esto demasiado grande y bello para quien sufrió en su juventud la explotación y la tiranía...

(Se sienta; Santiago se le acerca.)

SANTIAGO

Á vos, venerable anciano, corresponde el sitio de honor entre nosotros.

VOCES

¡Subid! ¡Subid! Abuelo Tanis.

(Santiago le toma por el brazo y le guía al estrado. Viva emoción en la concurrencia.)

PAULINA

¡Pobre viejo papá!

(Santiago hace signo de silencio.)

SANTIAGO

La mejor recompensa á nuestros esfuerzos, hela aquí, suministrada por este augusto anciano.

TANÍS

¡Ah amigos míos; este espectáculo me llega al corazón! ¡Es tan grande! ¡Tan maravilloso!... ¡Á los ancianos, al fin de nuestra existencia, nos estaba reservada una lenta agonía de miseria!... Por mi parte no podía esperar otra cosa... Pero esto consuela... Ahora pienso que mis hijos, que mis nietos, serán dichosos, cada vez más dichosos y buenos... ¡Sí, para nuestros hijos, para las generaciones sucesivas... mucha... mucha... toda la felicidad! ¡Gracias, hijos míos, y valor!

VOCES

¡Bravo, bravo el Anciano!

(Grandes aplausos.)

ARTURO

(Desde el fondo de la sala con voz insinuante:)

¡Eh, señor! ya que aquí hay uno; vos que aplaudís... ¿Trabajáis acaso?

(Todas las miradas se dirigen á Federico. Explosión de preguntas.)

CLEMENTE

¡Eso un trabajador! ¡Es el hijo de Lardor el explotador.

FELIPE

¡Ese viene á turbar la fiesta!

ARTURO

¡Es un falso hermano!

LAMBERT.

¡Tú no eres de los nuestros!

TOMÁS

¡Poca vergüenza!

GRITOS

¡Fuera, Fuera!

SANTIAGO

(Á los compañeros:)

Los extranjeros han de ser recibidos entre nos-

otros con benevolencia... y aun, inspirándonos en las circunstancias, hemos de hacer más afable nuestra sonrisa, más fraternal nuestra aceptación.

ARTURO

(Protestando:)

Pero si yo pretendo...

PAULINA

¡Hijo de Bernard, fuera toda turbulencia, seamos prudentes!

SANTIAGO

¡Amigos míos, en este día miremos al porvenir, no al pasado; olvidemos y mostremos la más cordial hospitalidad!... *(Á Federico:)* ¡Compañero extranjero, sed bienvenido; todos los hombres son hermanos!... *(Al coro, hombres y mujeres, entre las cuales se hallan Mariana y Susana:)* ¡Vamos, compañeros, nuestro canto de este día!

CORO

Libres de la tiranía
y ya en plena libertad,
cantemos en este día
el himno á la Humanidad.

Grandes, bellas, esplendentes
las delicias de la vida,
en todo el orbe terrestre,
al trabajo son debidas.

Y como nadie se excluye
del deber de trabajar,
gozamos tranquilamente
los bienes de la igualdad.

El estudio y el trabajo,
formas de la actividad,
unen al género humano
en haz de solidaridad.

¡Oh vida libre y feliz!
¡Oh sociedad justa y buena!
Te debemos convivir
en fraternal complacencia.

Vivir, saber, poder, hacer,
aumento de capacidad,
e sa es la ley progresiva
que rige la Humanidad.

Energico

Sopranos
 Tenores 1^{os}
 Tenores 2^{os}
 Bajos

Li-bres de la ti-rra-

ni--a y ya en ple--na li-ber--dad, can-

ni--a y ya en ple--na li-ber--dad, can-

-dad, can-te-

-te--mos en es--te di--a el him--no a la plu--ma ni-

-te--mos en es--te di--a el him--no a la plu--ma ni-

-mos en es--te di--a el him--no a la plu--ma ni-

dad. Gran des, be-las, es--plen--den--tas las de-

dad. Gran des, be-las, es--plen--den--tas

-li- nas se la vi - - sa en to - do el or - be ten
las de - li - cias de la vi - - sa en to - do el or - be ten -
vi - sa en to - do el or - be ten - -

eres - - tre al tra - - ba - jo son se - - bi - - das.
eres - - - tre al tra - ba - jo son se - - bi - - das.
eres - - - tre al tra - ba - jo son se - - bi - - das y co -
eres - - tre al tra - - ba - jo

na - die se ex - clu - - ye se tra - ba -
- mo na - die se ex - clu - - ye del de - ber de - ber de

jar tran - qui - la - men - te los bie -
tra - ba - jar go - za - mos tran - qui - la - men - te los bie -

nes de la... gual... sad. El es... tir... sio y el tra...
nes de la... gual... sad. El es... tir... sio y el tra...
lai... gual... sad.

ba... jo for... mas de la ac... ti... vi... dad, u... nen...
ba... jo for... mas de la ac... ti... vi... dad, u... nen...
-dad u... nenal

al ge... ne... ro hu... ma... no en har... de so... li... da... ri...
al ge... ne... ro hu... ma... no en har... de so... li... da... ri...
ge... ne... ro hu... ma... no en har... de so... li... da... ri...

... sad. ioh vi... sa li... bre. y fe... lir! ioh so...
li... bre y fe... lir!
-sad. ioh vi... sa li... bre y fe... lir!
li... bre y fe... lir!

-ie-dad jus-ta y bue-na! te se-be-mos
¡Oh so-ñe-dad jus-ta y bue-na! te se-be-mos con-
bue-na, te se-be-mos con-vi-

con-vi-vir en fra-ter-nal com-pla-cen-cia.
com-pla-cen-cia.
vi-vir en fra-ter-nal com-pla-cen-cia.
vi-vir en fra-ter-nal com-pla-cen-cia.

sa-ber, po-der, ha-cer, se ca-
vir, sa-ber, po-der, ha-cer, au-man-to de sa-

-pa-ci-dad. ley pro-gre-si-va que ri-
-pa-ci-dad, e-cae la ley pro-gre-si-va que ri-

-ge la hu-ma-ni -dad. es -ta es la ley pro-mu-er-si -va que ni -ge

la hu-ma-ni -dad.
Ret. hu-ma - ni - -dad.
la hu - ma - ni - -dad.

TANIS

(Con quien Santiago ha hablado un instante, levantándose:)

¡Ahora, hijos míos, jóvenes enamorados, bellas amorosas, manifestad vuestros sentimientos, desposaos libremente ante la gran familia que os ama y que de vosotros espera la continuidad ininterrumpida en el bien y en la felicidad!... *(Á los destinados á este servicio:)* ¡Servid el vino de honor!

(Los jóvenes se precipitan sobre los canastillos, toman los ramilletes y se les ofrecen mutuamente. Mariana, en quien se fijan todas las miradas, no se mueve. Ruido. Conversaciones. Música. Durante este tiempo se bebe el vino de honor.)

SANTIAGO

¡Escanciad el vino de la fiesta, el vino de nuestros

compañeros los viñadores! ¡Estrenemos los vasos enviados á esta solemnidad por nuestros compañeros los cristaleros! ¡Bebamos á la salud de nuestros hermanos lejanos, de nuestros hermanos desconocidos! ¡Á la de toda la humanidad!

PAULINA

(Circulando con una bandeja:)
¡Bebamos á la salud de los ancianos!

CLEMENTE

(Llevando también una bandeja:)
¡Bebamos á la salud de los nuevos esposos!
(En este momento se presenta la bandeja á Federico. Vacilación de éste.)

VOCES IRÓNICAS

¡Se niega! ¡Lo desprecia! ¡Miren el señor! ¡Cómo que es de otra pasta! ¡Fuera!
(Triunfo de Arturo.)

PAULINA

(Á los que molestan á Federico:)
¡No dais muestras de cultura! *(Á Federico:)* Compañero, ¿os negaréis á brindar conmigo?... *(Federico continúa en la misma actitud.)*

SANTIAGO

(Con el vaso en la mano se dirige á Federico:)
¡Amigo, brindo por vuestra paz, por vuestra felicidad!
(Federico se obstina en su negativa.)

VOCES

¡Trincará ó no trincará!

*(Mariana va al canastillo y toma un ramillete.
Instantes de ansiedad. Se dirige hacia los
dos hombres. Silencio.)*

MARIANA

(Á Federico:)

Deseo reparar las faltas de mis hermanos: ¿aceptaréis algo de mi parte?

FEDERICO

¡Sí, esas flores! *(Toma el ramillete.)* ¡Gracias, Mariana!

(Murmullos de desaprobación.)

MARIANA

¡Amigos y parientes, os presento el compañero de mi vida!

VOCES

¡Cómo! ¡Imposible! ¡Eso es insensato! ¡Qué locura!

ARTURO

(Cuya voz domina:)

¡Ese mocoso!... ¡No lo permitiremos!

PAULINA

¡Bellísima acción!

CLEMENTE

¡No podemos permitirlo!

MARIANA

(Radiante, conduce á Federico hacia el estrado. Á los asistentes:)

Declaro que he escogido á Federico...

ARTURO

(Protestando:)

¡Mariana!

(Alrededor de Mariana y de Federico se forma un grupo compuesto de Arturo, Clemente, Paulina y Susana.)

MARIANA

(Á Arturo:)

Hermano mío, si tú tienes tu carácter, yo tengo el mío. ¿Acaso no soy libre en mi voluntad y en mis actos?

ARTURO

¡Ya lo ves, es una protesta unánime!...

MARIANA

(Á la concurrencia:)

¡Cómo! ¿Caéis en los antiguos errores, en las funestas preocupaciones?... ¿No sois humanitarios?

SUSANA

¡Oh hermana mía, yo te apruebo! ¡Estoy contigo y encuentro bello lo que haces!

MARIANA

(Á Susana:)

¡Gracias, mi buena Susana, tu aprobación me es preciosa! *(Á los otros:)* ¿No habéis desterrado el

odio? Pues yo opongo á vuestra árida virtud y á vuestra dureza, la simple bondad. Mi contribución á la obra común será el perdón y la misericordia. ¿Querriais ahogar esos sentimientos en mi corazón? ¿Cuál ha de ser entonces el fundamento de la sociedad? Como ha dicho Santiago, al que profeso gran admiración y la mayor simpatía, el bienestar material no es suficiente.

SANTIAGO

(Aparte:)

¡Alma grande y generosa! *(Suspira.)*

CLEMENTE

Tiene razón.

ARTURO

¡Quién sabe dónde nos conducirá semejante debilidad!

MARIANA

¡Falta generosidad! ¿Se reducirán nuestros principios á vanas palabras? ¿Á quien los pone en práctica como yo en este momento se le ha de declarar prevaricador? Pues, ¿y la fe en el porvenir?, ¿y el ideal de felicidad universal? ¡He aquí todavía un desgraciado! ¿Hemos de rechazarle?

CLEMENTE

¡No, no será! *(Tiende la mano á Federico.)*

PAULINA

(Á Federico:)

Vamos á ver si aquí nos pagamos de palabras: dame un beso fraternal, hermano mío.

(Federico da el beso pedido.)

CLEMENTE

¡Qué Paulina ésta! ¡Siempre pone su grano de sal!

PAULINA

(Empujando á Federico hacia Mariana:)

¡Una pareja más!

SANTIAGO

(Aparte:)

¡Oh, comprimamos en secreto el corazón!

SUSANA

(Felicitando á Federico:)

La familia se aumenta; la Ciudad se amplía. ¡Ven á dar y recibir felicidad!

ARTURO

(Dirigiéndose á Mariana en voz baja:)

¿Cómo te ha ocurrido la idea de enamoricarte de ese...

MARIANA

(Con dulzura:)

¡Arturo!

ARTURO

Hecho está; acepto ese hombre á condición de que trabaje como todos los compañeros... *(Más bajo y adelantándose.)* ¡Mientras no venga á ser el primer holgazán de la Ciudad!...

CUADRO CUARTO

Entrada de taller.

Pórtico monumental.

Puertas de comunicación á derecha é izquierda; en el fondo puerta de dos hojas.

ESCENA PRIMERA

OBREROS, MUJERES, MARIANA, FEDERICO

I

*(Obreros que pasan, otros que les siguen.
Fragmentos de conversación.)*

OBRERO 1.^o

(Dirigiéndose á un compañero que le acompaña...)

¿Excedente? ¡Ya lo creo! La producción excede al consumo, y una y otro es regular; los cambios se hacen normalmente: ¡es la abundancia!

OBRERO 2.^o

¡La sobreabundancia, dirás! Y todo se debe al

trabajo reorganizado y regularizado. ¡Cuántos bienes nos ha producido una sana concepción de la justicia!...
(*Entran.*)

(*Se adelanta un grupo de mujeres jóvenes.*)

II

MUJER 1.^a

¡Qué hermosos estaban ayer los niños con sus vestiditos nuevos!

MUJER 2.^a

¡Y todos iban diferentes!

MUJER 3.^a

¡Qué escala de colores!

MUJER 1.^a

¡Tenían una alegría!

MUJER 2.^a

¡Cómo corrían y saltaban sobre el césped!

MUJER 3.^a

¡Era encantador! (*Entran.*)

(*Aparecen Mariana y Federico del brazo.*)

III

MARIANA

¿Qué te parece esta vez, entramos? (*Federico*)

permanece callado.) ¿No te bastan tres meses de inmovilidad?... Aparte de que no está bien permanecer en reposo cuando la colmena está en actividad... ¿No oyes ese alegre murmullo?... ¡Mira qué animación! (*Empujándole suavemente.*) ¡Vamos!

FEDERICO

(*Resistiendo y obligándola á detenerse:*)
¡Es que... no sé!

MARIANA

No importa; ya aprenderás, y verás como el trabajo es agradable... una diversión. Sin contar, como ya te he explicado, que sólo se trata de pocas horas, y no hay que temer el cansancio, porque la máquina ace todo.

FEDERICO

Sé reirán de mi torpeza.

MARIANA

Desengáñate, amigo mío; bien sabes cuánto respeto nos rodea. Cada uno tendrá empeño en iniciarte... Ya verás cuánta consideración tienen nuestros compañeros unos por otros; les anima un verdadero espíritu de solidaridad y de fraternidad; creerían faltar al más estricto deber si no allanaran las dificultades á todo principiante...

FEDERICO

Dejémoslo para mañana; te lo ruego. No puedo vencer mi vacilación...

VOZ

(De un obrero que pasa:)

¡Eh! ¡Á ver cuándo dejan de arrullarse esos tórtolos!

FEDERICO

¡Lo ves! ¡Ya empiezo á ser objeto de bromas!...

MARIANA

No hagas caso; es la broma inofensiva de nuestros compañeros... ¿Te habrías de enfadar por eso?...

FEDERICO

(Suplicante:)

No; es que temo el ridículo. Volvamos á casa... estamos demasiado expuestos en este sitio... No puedo despojarme de cierta timidez...

MARIANA

Me habías prometido, no obstante, ser fuerte.

FEDERICO

Cedí por darte gusto... pero la verdad es que me has arrastrado contra mi voluntad... ¡Mira, lo que me espanta es la fábrica!

MARIANA

Pero tú has podido ver en el curso de nuestros paseos, que la fábrica no es lo que era en otro tiempo. Nuestros talleres son extensos, limpios y ventilados... ¡Míralo bien! Son nuestro orgullo; á su construcción

y decoración dedicamos todo cuidado y esmero; ya no es la fábrica, es el Palacio del Trabajo, lugar donde cada uno viene á recrearse por el ejercicio físico; la casa es sonriente y bella... ¡Mira! Su vista estremece el corazón. Entra sólo para ver, y te sentirás transportado, galvanizado...

(Llegan en grupo Clemente, Paulina, Arturo y Susana.)

ESCENA II

Los anteriores y SUSANA, CLEMENTE, ARTURO y PAULINA

SUSANA

(Llega apresurada:)

¡Ya os tenemos!

CLEMENTE

(De lejos:)

¡Sea en hora buena, nos habéis adelantado!

ARTURO

(Llegando:)

¡Qué alegría vais á causar! ¡Bravo, Federico!

PAULINA

¡Se os felicita!

(Efusión.)

MARIANA

¿Verdad que es una torpeza?

SUSANA

(Á Federico:)

Ante todo, viva el buen humor... Os advierto que os gastaré bromas.

FEDERICO

Picaruela.

PAULINA

(Á Federico con gravedad:)

Vais á oír la gran voz de la sirena llamando á la cita á las personas de corazón; es hermoso responder: ¡Presente!

ARTURO

Al veros en tan feliz disposición me siento capaz de levantar solo el gran martillo-pilón... ¡Veinte mil kilos me parecen una pluma!...

SUSANA

Hagamos una entrada solemne... ¡Adelante!

(Adelanta un paso. Federico queda inmóvil.)

FEDERICO

Pero una aprensión...

CLEMENTE

¡Es natural!

ARTURO

¿No te decides?...

PAULINA

No se ha de titubear tanto, cuñado; no seamos valientes á medias.

SUSANA

(Riendo:)

¡Arriba! ¡Arriba!

FEDERICO

(Balbuceando:)

Tenía al venir buena resolución, Mariana lo sabe...

MARIANA

Domina ese resto de debilidad... Un poco de voluntad, de energía, de verdadero valor contra sí mismo, y la cosa está hecha.

(Federico continúa irresoluto. Silencio, embarazo, decepción.)

PAULINA

(En voz baja á Clemente:)

¡Se escama!

CLEMENTE

(En voz baja á Paulina:)

¡Malo!

SUSANA

Aquí está Santiago; quizá él pueda vencer los últimos escrúpulos de Federico.

(Se presenta Santiago. Siguen otros obreros y aumentan el grupo.)

ESCENA III

Los anteriores y SANTIAGO

SANTIAGO

(Saludando. Á Federico:)

¡Á la tarea, como todos! ¡Bravo, Federico! Os felicito.

ARTURO

Todavía está indeciso, por causa de ineptitud...

CLEMENTE

(Á Santiago:)

¿Verdad que sin aprendizaje puede tomar parte en nuestros trabajos, y que entre éstos los hay que pueden convenirle?

SANTIAGO

(Á Federico:)

Cierto que sí, amigo mío; además, yo me ofrezco á secundaros; ¿tenéis preferencia por un género cualquiera de ocupación?

FEDERICO

(No pudiendo menos de ostentar cierta vanidad:)

Destinado á las carreras liberales, no tengo la menor noción de las artes mecánicas.

SANTIAGO

No importa; pronto os pondréis al corriente; de tal modo es sencilla la cosa.

MARIANA

Todos estaremos para asistirle.

PAULINA

(Riendo:)

¡Que se atreva!... *(Á Federico:)* Por mi parte, yo que lo entiendo, descubro en vos, mi querido cuñado, un futuro maquinista... Y es bien seguro que si fuerais maquinista sin saberlo, os sorprendería agradablemente el descubrirlo.

FEDERICO

(Riendo:)

¡Ciertamente!

PAULINA

Pues suele suceder eso.

SUSANA

(Graciosamente:)

¡Bien por el maquinista! ¿Y cuándo mostrará esos talentos? ¿Hoy? ¿Ahora mismo? ¡Voy á publicar la noticia!...

(Entra.)

SANTIAGO

(Viendo á Juan Vital que se acerca y tendiéndole la mano:)

Á propósito, aquí tenemos al compañero Juan

Vital, que va á terminar la conversi3n, dici3ndonos lo que á él mismo le ha pasado... (*Presentando á Federico:*) He aquí un nuevo compa1ero que nos llega...

ESCENA IV

Los anteriores y JUAN VITAL

JUAN VITAL

(*Tendiendo la mano á Federico:*)

Chocadla, compa1ero; celebro vuestra buena acci3n.

MARIANA

Su resoluci3n no es firme todavía.

JUAN VITAL

(*Bondadosamente:*)

¡La emoci3n!... Pronto se disipará; ya conozco la emoci3n del principiante. ¿Queréis que os la explique? Pues, yo fuí gobernador... sí, gobernador, así como suena, lo que no me ha impedido hacerme obrero, es decir, procurar hacerme hombre completo.

ARTURO

Nunca es tarde para hacer el bien.

JUAN VITAL

Las ideas nuevas me conquistaron: nuevas eran en

aquella época; hablo de hace quince años. Abracé la causa con fervor, y luego el amor de la ciencia me condujo aquí. El trabajo, amigo mío, es el vigor, es la fuerza, es la inteligencia, es, en una palabra, el equilibrio en todas las facultades del individuo. Yo he pensado que en él está la verdad y la salud. Sí, compañero; la ley del trabajo es la fórmula de la vida; es el deber; y nadie, sopena de crimen manifiesto y consiguiente caducidad de derecho social, puede sustraerse á él... No dirán que he perdido la costumbre de los discursos contraída en mi antiguo cargo... Me he entregado por completo á esta obra de regeneración humana; no tengo el mérito de haber sido un precursor, pero á lo menos he entrado atrevidamente en la vía trazada... Al principio era inhábil, como vos decís serlo; figuraos, ¡un gobernador! Pero después ha quedado demostrado que un personaje, por muy elevado que se halle, es de la misma pasta que un individuo cualquiera... Primeramente hacía un trabajo mediano; pero con atención y una voluntad decidida, he superado todas las dificultades. Se trata, pues, de querer. Tenía la persuasión de que la obra útil es la primera de todas las obras, é hice obra útil para compensar todo un pasado malgastado en ocupaciones estériles. ¡Oh, considerarse útil á sus semejante, y ver á sus semejantes en comunión de ideas con uno mismo! ¡Qué recompensa! ¡Vamos, compañero; la tarea está allá y solicita á los valientes!...

(Federico conserva la misma actitud indiferente.)

SANTIAGO

(Á Federico:)

Nuestro compañero Vital se ofrece como ejemplo; imítadle, Federico, y como él hallaréis vuestra felicidad en la felicidad de los otros; así sentiréis cuanta grandeza y dignidad da al hombre ser útil á sus seme-

jantes. Decirse: Soy útil á la sociedad, es probarse á sí mismo su razón de ser.

JUAN VITAL

He ahí lo que ha de dominar sobre toda otra consideración.

SANTIAGO

Como acabáis de ver, Federico, nuestro compañero Vital no se ha revelado por completo; yo acabaré de dáosle á conocer. Aparte del trabajo diario que suministra á la colectividad, como hace todo compañero, y como pronto lo haréis vos mismo, de ello estoy seguro, Vital emplea su tiempo en descubrimientos científicos; nos ha creado industrias nuevas; es un químico excelente...

ARTURO

De primera fuerza.

JUAN VITAL

Sí, lo que en los tiempos pasados se llamaba un aficionado... Ni más ni menos que lo que habéis hecho vos, mi querido Santiago; nuestros estudios han adelantado mucho la mecánica, lo que nosotros, por la facilidad de nuestra tarea, sabemos apreciar debidamente.

SANTIAGO

(A Federico:)

En nada, Federico, se ha dicho la última palabra; hay, pues, sitio para todas las voluntades; con el trabajo como regulador de la máquina humana, todos los

órganos están en actividad. Por el juego natural de sus facultades, todos nuestros compañeros, ved, os citaré Arturo, Clemente, y todos sin excepción, hombres y mujeres, investigan, meditan, profundizan, y el ingenio, de inerte ó pesado que era, se hace creador, productor, inventor...

(Suena la sirena.)

JUAN VITAL

¡Á trabajar, compañeros! *(A Federico, tomándole por el brazo.)* Venid conmigo, os haré ver mi habilidad...

(Federico se deja conducir maquinalmente. Los demás obreros siguen.)

MARIANA

(Siguiendo á distancia:)

¿Será la redención? ¡Si no tiene fe!...

PAULINA

(En voz baja á Clemente:)

¡Vaya una conquista! Me parece incapaz de hacer cosa de provecho.

CLEMENTE

(En voz baja á Paulina:)

En efecto, es duro de pelar. Comienzo á creer que Arturo es el único que ha acertado.

(Se van. Quedan Arturo y Santiago.)

ESCENA V

ARTURO Y SANTIAGO

ARTURO

¿Qué piensas de eso?

SANTIAGO

La causa es buena, el éxito está al fin.

ARTURO

(Moviendo la cabeza:)

¡La causa es buena!... Lo dudo. Mariana se ha equivocado; su acto es una locura; va á aniquilarse en vano en su lucha contra las taras burguesas, cuya mayor parte son indestructibles. La suma de esfuerzos que emplea en restaurar el pasado, hubiera debido aplicarla á edificar el porvenir. El individuo que quiere rehacer es inconsistente y ruin; le falta hasta la voluntad de ser; ni siquiera tiene idea de lo que se ha de ser...

SANTIAGO

Amigo mío, el amor es una de las bases de la sociedad; Mariana lo ha comprendido así; el amor es la fuerza obstinada, la fuerza que inspira confianza, la palanca de que ella quiere servirse.

ARTURO

¿Y si fracasa?

SANTIAGO

El amor vencerá.

ARTURO

No tengo esa bella seguridad.

SANTIAGO

La tarea emprendida por Mariana es admirable, y es de aquellas que honran á una Ciudad. Nuestra obligación es clara, consiste en sostener á esa intrépida Mariana, en emplear la persuasión cerca de Federico...

ARTURO

Eso es perder el tiempo... (*Mostrando á Mariana que reaparece pensativa y absorta:*) Duda de sí misma... Voy á abrirle los ojos... (*A Santiago que se dispone á alejarse:*) Quédate, te lo ruego; deseo discutir públicamente su error.

SANTIAGO

Sobre todo procede con moderación...

ARTURO

¿No se podrá hablar francamente con ella? La habrá cambiado él, el débil...

(*Mariana se dirige hacia ellos. Silencio.*)

ESCENA VI

Los anteriores y MARIANA

MARIANA

Amigos míos, voy á haceros una proposición... En nuestras conversaciones, Federico parecía preferir el trabajo á domicilio... ¿Qué queréis? No puede romper totalmente con sus costumbres caseras.

ARTURO

¿Vas á molestarnos mucho tiempo con ese pajarraco?

MARIANA

¿Todavía, Arturo, le dedicas ese tono?

ARTURO

Sí, yo, Arturo, que quiero hablarte claramente, y esto delante del compañero... (*Movimiento de Mariana.*) Nosotros no hemos de ocultarnos nada; creo que podemos hablar con perfecta franqueza. Pues he de decirte que he observado á tu Federico durante la conversación de Vital y Santiago, y me he persuadido de que ese mozo, de quien tan neciamente te has apasionado, (*destacando las sílabas*) ¡no tra-ba-ja-rá nun-ca! ¿lo oyes? ¡nunca!

SANTIAGO

Acababa yo de expresar una opinión contraria...

MARIANA

(*Á Arturo:*)

Hermano mío, le condenas con harta ligereza.

ARTURO

Aunque seáis dos contra mí, persisto en mi opinión. ¿Habéis visto que Federico se haya violentado lo más mínimo para condescender con nosotros? ¿Ha manifestado la actitud que esperabas de él? Responde.

MARIANA

En Federico la evolución es muy lenta; es un enfermo en tratamiento; alégrate de verle entrar en convalecencia.

ARTURO

Ríndete á la evidencia, querida hermana. El mal que padece Federico es la pereza... un mal inveterado. Y los males inveterados no se curan. Ese vástago de los Lardor tiene la sangre emponzoñada; lleva á cuestras un siglo de corrupción y de orgía, dicho sea sin intención de molestarte y únicamente para que conste una verdad, porque urge pronunciarse contra el peligro, y en vista de que nada has logrado, de que el resultado es en absoluto negativo, á pesar de las cualidades excepcionales para el caso que todos nos complacemos en reconocerte. ¡Seres así no se regeneran! ¡Tu gran error es haber creído lo contrario! ¿Serás siempre la misma? ¿Vas á hacerte por mucho tiempo cómplice de la cobardía? ¿Vas á implantar entre nosotros el parasitismo? ¡Quién no trabaja cuando puede no es de los nuestros!

SANTIAGO

Pero ahí está el caso, Federico no puede, no está todavía en las condiciones requeridas.

ARTURO.

(A Mariana:)

Repudia sin reparo al pseudo-compañero; no gastes sin provecho para la obra común la sangre que arde en tus venas; esa sangre de hija del pueblo que se debe á todos en la Ciudad, la prodigas en pura pérdida. El mal es incurable: no se regenera el viejo mundo.

MARIANA

No participo de tu opinión, y sostendré á Federico á pesar de todo. Así conozco yo el deber, y he de ir hasta donde el deber me mande, aceptando por completo la responsabilidad del acto que censuras.

ARTURO

¡Sí, sentimentalismo!

MARIANA

¡Quizá!

ARTURO

Á propósito de un holgazán...

MARIANA

(Interrumpiéndole:)

Sin embargo, no debes sentir enemistad en este mundo transformado.

ARTURO

Yo te hablo verdad.

MARIANA

¡Y yo justicia y hasta piedad!... Si tu corazón no comprende esas palabras, no eres el hombre de alta cultura moral que nos prometía una era nueva.

ARTURO

Sea, me inclino una vez más; tu justicia es indulgente; la mía es rígida y severa. ¿Quién tiene razón de los dos? El porvenir lo dirá... (*A Santiago.*) Ven á darte cuenta por ti mismo del fundamento de mi crítica...

MARIANA

(*A Santiago:*)

Servíos permanecer, Santiago; he de hablaros.

(*Arturo se retira.*)

ESCENA VII

MARIANA y SANTIAGO

MARIANA

He aquí lo que tengo que deciros: Santiago, sé que me habéis amado... (*Movimiento de Santiago. Dominándose.*) Y no menos francamente añadiré: Santiago, también os he amado yo...

SANTIAGO

¿Á qué esa declaración? ¿Á qué esa vuelta al pasado?

MARIANA

Os debo una explicación.

SANTIAGO

La explicación es supreflua; he sabido leer en vuestra alma.

MARIANA

La explicación es necesaria; escuchadme. Sí, lo declaro; he sentido amor por vos, pero el espíritu de sacrificio, de abnegación si os parece mejor, en un momento de compasión, ha dominado al amor...

SANTIAGO

He adivinado ese rasgo de generosidad.

MARIANA

He cedido, creedme, al movimiento de mi alma hacia la realización del ideal que nos habéis inspirado.

SANTIAGO

¡Oh, Mariana! ¡Sois una heroína!

MARIANA

Por lo mismo, respecto de vos me he portado indignamente...

SANTIAGO

(Interrumpiendo:)

No os excuséis; quedáis justificada...

MARIANA

Sé el mal que os he causado alejándome de vos que veníais á mí. He seguido la lucha que habéis sostenido, y hoy puedo decirlo: ese amor, vuestro amor por mí no se ha extinguido.

SANTIAGO

¡Oh, Mariana!...

MARIANA

Ya veis que no me ha engañado mi penetración... ¡Oh, me he despojado de toda vanidad, me la he prohibido!... Mas también, en mi amor extinguido por imposición del deber, como lo comprenderéis bien, ¿verdad, amigo mío?, quisiera hallar una compensación...

SANTIAGO

Es inútil, Mariana; no puede hallarse, ¡no existe compensación posible!...

MARIANA

Escuchadme hasta el fin, os lo ruego... Desde mi unión con Federico he huído de vos, aunque ansiaba facilitaros un consuelo digno de vos, digno de nuestra ley moral. Ahora, en esta ocasión, os recuerdo vuestras lecciones, vuestras enseñanzas, las sanas máximas con que me habéis enseñado el deber, y á mi vez, Santiago, os invito, os exhorto al cumplimiento del deber.

SANTIAGO

(*Vivamente:*)

Adivino el resto... sé donde vais á parar. Permittedme haceros una confesión: será corta. Sí, mi felicidad dependía de vos... Cuando me faltasteis, derivé

mi pasión hacia otro objeto: la felicidad general, y he duplicado mi trabajo, dando sin medida mi fuerza, mi pensamiento, forzando mi energía hacia otro amor, el amor del pueblo. He puesto todo mi corazón á producir una floración más bella de almas, y en ello está mi recompensa, no necesito otra. ¿Qué mejor recompensa que el espectáculo hermosísimo de esta Ciudad pacífica y fecunda?

MARIANA

¡Una mujer amante y buena!... Un corazón de mujer deslizándose en vuestro corazón... dos brazos femeninos enlazándose á vuestro cuello... Santiago, amigo mío, sufrís, ¡estáis solo! ¡Oh! Santiago, escuchadme: hay más de una doncella bien dotada, gracias á nuestra obra; virtuosa, merced á nuestras costumbres, á nuestros nuevos tiempos; más de una amante que suspira en secreto... y el objeto de sus deseos sois vos... ¡Tomad mujer, elegid una compañera!

SANTIAGO

¡Oh! Me dais todas las razones que se necesitan para que no la tome... ¡Vos sois la única!

MARIANA

¡La única! Eso es una injuria á nuestras compañeras.

SANTIAGO

Yo proclamo bien alto su mérito; pero mi corazón se abría á una, sonreía á su amor; después se ha cerrado.

MARIANA

¿Y así continuáis la obra emprendida?

SANTIAGO

Dado el impulso, la obra continuará por su propio poder.

MARIANA

La obra no proseguirá, sino por el amor.

SANTIAGO

(Melancólicamente:)

¡Sí!... *(En actitud de retirarse:)* ¡Convengo en ello!

MARIANA

(Reteniéndole:)

¡Cómo! ¿El genio activo de nuestra magnífica Ciudad se agostaría en el celibato por la traición de una mujer?

SANTIAGO

(Retirándose)

¿Por qué os empequeñecéis, genio bienhechor?

MARIANA

¿Dónde estaría el precepto? ¿Dónde estaría el ejemplo? ¿Cómo enseñaríais á procrear?... No, Santiago, no persistáis en vuestros propósitos; mirad al porvenir...

(Santiago se aleja.)

MARIANA

(Sola y triste:)

¡Cuánto sufre por el amor!

TELÓN

ACTO TERCERO

CUADRO QUINTO

Linda pieza para uso de taller.

Á izquierda, en primer término, instalación de trabajo, comprendiendo una mesa en escuadra, con tornos movidos por la electricidad.

Sobre esta mesa hay herramientas diseminadas y piezas desmontadas.

En medio de la pieza, una mesa y sillas.

Puerta al fondo.

Es de noche, alumbrado eléctrico.

ESCENA PRIMERA

MARIANA, *sentada, ocupada en la operación de bruñir*; FEDERICO, *inactivo, paseándose por la pieza*.

MARIANA

Federico, ven á ayudarme, y adelantaremos el trabajo; acaba de pulir esta placa, mientras preparo otra, la última de la serie. (*Federico se acerca lentamente haciendo un gesto de desagrado; toma el objeto, se sienta y con indiferencia la aproxima al torno. Mariana le observa con tristeza. Animándole:*) ¡Así, así! ¡Ahora sí que va bien!

FEDERICO

¡Ca!... ¡Esto es ridículo!...
(*Tira el objeto.*)

MARIANA

(*Con inquietud y dulzura:*)
¿Qué tienes, Federico?

FEDERICO

¡Imposible!... ¡Yo no puedo cambiar!

MARIANA

¿Por qué no has de complacer á tu compañera?

FEDERICO

¿Tengo yo la culpa de ser como soy? La verdad es que no tienes en cuenta...

MARIANA

(*Interrumpiéndole:*)
¡Oh! ¡Qué tono de mal humor!... ¡No te enfades!... Dame un beso, ¿quieres? (*Se acerca y se besan. Mariana recoge el objeto y lo presenta á Federico.*)
¡Veamos si ahora has recobrado ánimo!

FEDERICO

(*Comienza de nuevo la operación con torpeza.*)
¿Ves qué buen obrero me he vuelto?

MARIANA

Dime, ¿me amas de veras?

FEDERICO

(Con extrañeza:)

Pero...

MARIANA

El que ama participa con ardor en los trabajos de su compañera... Pone gran empeño en esmerarse...

FEDERICO

¡Bah! ¡Todavía recurres á tus tretas! ¿No ves que es estúpido el propósito de unir tendencias inconciliables?

MARIANA

¡Responder á mi dulzura con esa brusquedad!...

FEDERICO

(Se levanta y se pasea.)

¡Vaya! ¡Ya estoy harto de esas lecciones, de esos reproches azucarados!...

MARIANA

¡Tú siempre eres amargo!

FEDERICO

(Mostrando la herramienta que tiene en la mano:)

¡He aquí una miserable herramienta de trabajo!...
(La tira.)

MARIANA

¡Malo!

FEDERICO

(Mostrando sus manos blancas:)

¡Mira, mira! ¿Te parece que estas manos son adecuadas para un trabajo grosero?... Por mi origen estaba llamado yo á más nobles funciones...

MARIANA

¡Oh, no digas eso!

FEDERICO

¡Federico Lardor, obrero! ¡Vaya una gloria! ¡De veras que hay para enorgullecerse!

MARIANA

No tienes razón. Piensa en la dulce alegría del hogar que te he formado.

FEDERICO

¡Pero yo te hubiera dado una existencia soberbia, una existencia dorada! Hubieras dominado en el seno del lujo y de la opulencia!...

MARIANA

No pongas eso en parangón con la felicidad universal, con la dicha que cada ser disfruta en nuestra comunidad...

FEDERICO

¡Qué vale eso en comparación del brillante estado á que hubieras podido llegar!

MARIANA

¡Por piedad, amigo mío! Desvarías.

FEDERICO

(Rindiéndose á la realidad:)

En efecto; ¡olvido que el mundo de donde he salido acaba de consumir su ruina!

MARIANA

(Acercándosele:)

¡Oh, cuánto me daña esa tristeza persistente!
¡Cuán doloroso me es ver impotentes mis caricias para aniquilar tus recuerdos! No seas injusto, Federico. Esa transformación de la sociedad se ha realizado, bien lo sabes, por la fuerza misma de las cosas, según leyes ineludibles. Ha brotado un nuevo mundo bajo las ruinas del antiguo, y de ello no puede acusarse á los hombres ni hacer responsable á nadie. Aplaude más bien el esfuerzo de nuestros hermanos, que tiende á la aproximación de todos los seres humanos, á la reconciliación final en el trabajo.

FEDERICO

¡Qué pesada estás con esa repetición!

MARIANA

¡Cómo me afliges! ¡No me amas!

FEDERICO

¡Me hablas del hogar... de la paz del hogar! ¿Acaso no he abandonado un hogar, el hogar de los míos, que he dejado vacío?

MARIANA

No lo expongas como un pesar.

FEDERICO

No; he venido á ti por amor, pero no por eso he renegado de los míos, y su recuerdo se me cruza siempre en todos mis pensamientos, en todas mis tentativas.

MARIANA

¿Acaso sufres tú sólo por la hostilidad que nos han mostrado esas personas que defiendes? Bien sabes que yo di el primer paso para reducir su hostilidad, y que es imposible arrancar los tuyos á su obstinación. He cumplido un gran deber de conciencia; pero ¿qué fruto he recogido? ¿Cómo han respondido á mi lealtad? ¡Oh, no repetiré las seducciones interesadas con que se ha pretendido atraerme, ni las humillaciones que he sufrido después!... Sin embargo, si he sido injuriada por aquellos á quienes demostraba mi respeto, si he sido tratada con desprecio, si por último, he sido arrojada de su presencia, no les conservo rencor. No; los perdono de todo corazón; pero tú, á quien amo, y que me amas, no añadas un sufrimiento á este sufrimiento...

FEDERICO

(Sentándose triste á la mesa:)

¡Tienes razón!

MARIANA

¡Ah, así me tranquilizas!

FEDERICO

Bueno; no hablemos más de eso, porque mis pensamientos me asedian y mis ideas chocan en mi pobre

cerebro. Estoy envuelto en contradicciones y trato de aturdirme para lograr el olvido.

MARIANA

No, hay que elevar el corazón; el olvido no es el remedio; se puede vivir con penas y tormentos cuando proceden del corazón; pero se soportan mejor, no temo insistir, se les soporta mejor por el trabajo, porque él es el verdadero consolador. ¡ Cuando te hayas penetrado de esta verdad verás cómo tú mismo te estimarás más!

FEDERICO

Tus palabras me consuelan... Ya no tengo aquel peso que me oprimía...

MARIANA

¿ Conque ya eres bueno?

FEDERICO

(Agitado:)

Pero... ¿no oyes pasos? ¿No ves esa sombra que nos rodea? ¡ Ah, el cura!...

(Se levanta. Se abre la puerta sin ruido, dando paso al cura Cristóbal.)

ESCENA II

Los anteriores y el CURA CRISTÓBAL

CURA

(Envuelto en un gran manto:)

Perdonadme, hijos míos, si á pesar de mi excesiva

timidez vengo á ofreceros las excusas de un pobre sacerdote que deplora los penosos accidentes de estos últimos días... hasta el punto en que me veis confundido todavía...

MARIANA

(Indicándole una silla:)

Habéis pasado esta puerta, la paz sea con vos, noble anciano.

CURA

(Sin sentarse:)

Señora, con la exquisita bondad que constituye el encanto de vuestra juventud, dignaos aceptar el doloroso sentimiento de una infortunada madre, culpable hacia vos de una grave ofensa.

MARIANA

No conozco la ofensa, sino la pena.

CURA

(Á Federico:)

Y, vos, hijo mío, perdonad á una madre desolada un momento de extravío hacia la más tierna de las compañeras.

FEDERICO

Tranquilizad á mi madre; para mí será siempre objeto de veneración.

CURA

¡Oh, queridos hijos míos! Permitidme ensalzar vuestras virtudes. ¡Quién no admirará tanta indulgencia! ¡Á quién no convencerá tanta misericordia!... Es para mí una satisfacción grandísima hallar dos corazos-

nes tan poseídos de igual ternura para los que sufren.
¡Ay! ¡Cuánto sentiréis vosotros el vivo dolor que oprime el corazón de una afligida madre!

MARIANA

Harto lo sentimos nosotros en nuestra filial piedad.

CURA

Representaos en esa madre los agudos remordimientos de un alma exacerbados por la más miserable angustia.

MARIANA

Grande es nuestra pena por no haber dominado su excesiva severidad.

CURA

Lo comprendo. ¡Vuestras excelentes intenciones no han podido triunfar de preocupaciones tan profundas, de sentimientos tan arraigados!... ¡Pero la hora de las reparaciones se acerca; esa madre me ha confiado sus penas; sufre, en su legítimo orgullo, por su aislamiento; en su cariñoso afecto, por su abandono, y, pobre mujer, llora y suplica que se le devuelva su hijo, los que llama ya sus hijos!

MARIANA

No penséis, fiel mensajero, que os dirigís á seres insensibles.

CURA

¡Oh, quiera el Señor asistiros en esta prueba, y hacer fructífera mi delicada misión!

MARIANA

(Con sencilla dignidad:)

Nuestras almas no están turbadas ni inquietas sobre ese punto como imagináis. Un gran sentimiento humano las domina, suficiente para hacernos comprender la extensión de nuestros deberes. Por la sola ley de nuestra conciencia hemos sabido hallar en nosotros la gratitud más profunda, el afecto más acendrado, el amor, para aquellos que son los nuestros. Con esto quiero decir que consideramos como un ultraje los consejos, por bien inspirados que sean, que el prójimo nos ofrezca.

CURA

(Aparte:)

¡Ah, serpiente!

MARIANA

Ante todo, ¿por qué ese celo que despleáis no se ejerce en sentido diferente para abrirnos por completo el corazón de esa madre que gobernáis? Mejor que nosotros sabéis cuán eficaz sería entonces vuestro concurso. Esta obligación de vuestro cargo no la cumplisteis el otro día; vos, el sacerdote, no pronunciasteis las palabras que apaciguan, las palabras que reconcilian.

CURA

(Aparte:)

¡Ah, víbora!

MARIANA

Si hay un acto meritorio entre todos, es, para el anciano á quien la edad hace augusto, hacer que la concordia reine entre los hombres, de fomentar los

lazos que unen los diversos miembros de una familia, de fundir en un mismo amor padres é hijos. ¡Anciano, vos no intercedisteis por el hijo y la hija que suplicaban; fingisteis desconocer los sentimientos que nos animaban á Federico y á mí: os despojasteis ante nosotros del título que invocáis.

CURA

Señora, no he de proferir quejas ni murmuraciones: ¡caiga sobre mí solo el peso de las iniquidades! Pero, aunque sin intentar disculparme, he de exponer que tenía presente en mi espíritu la tristeza en que se sumergieron tantas y tantas familias... tenía en el alma los recuerdos dolorosos de las ruinas y de los duelos acumulados por el antagonismo de las clases...

MARIANA

Lejos de mí la intención de molestaros...

CURA

(Sin escucharla:)

... Si, por último, no he pronunciado las palabras que esperabais, débese á que amenazan otras calamidades que sentía próximas y cuyas causas remontan indirectamente hasta vosotros; á que preveía, tanto por la prudencia de mis funciones como por la experiencia de mi larga carrera, quisiera equivocarme, desesperaciones súbitas, choques repentinos, presagios de irreparables desgracias... Tal es, señora, la gran razón que me ha dictado esa conducta que habéis tenido á bien censurar... Desgracias, hijos míos, de que pido á Dios os preserve. ¡Hacia ese objeto se dirigen las oraciones del que se halla ante vosotros en toda su humildad de pastor... *(Inclinándose un poco hacia Federico, que está apoyado sobre la mesa, dando*

un paso para retirarse) ... y desde el fondo de su alma, bajo el peso de un gran dolor, ruega á la que se ha reconocido y se ha mostrado respetuosa hacia una mujer arrepentida, la que será madre un día, de que no separe al hijo de la madre!

(Sale lentamente. Silencio.)

ESCENA III

MARIANA y FEDERICO

FEDERICO

(Con la cabeza en las manos:)

¡Oh, soy un cobarde! ¡Un cobarde!... *(Suspensión.)* Es él, ese cura, quien me ha hecho lo que soy... El es quien me ha pervertido moralmente... Me ha deformado el corazón... Ha mutilado mi alma... Soy esencialmente malo... *(Después de una pausa.)* Podía haberle aplastado cuando estaba aquí hace un momento... ¿para qué? Es una víctima de un pasado que se hunde... Estallar en censuras contra él... Es inútil. No le odio. He descubierto la astucia, la iniquidad, el odio que son como el moho del tiempo viejo. También he comprendido la verdad... *(Levantando la cabeza hacia Mariana que silenciosamente se ha acercado á él.)* ¡Oh, Mariana! ¡Oh, mi dulce compañera, reconozco tu infinita ternura!... *(Llora.)*

MARIANA

¡He ahí la crisis saludable! Sí, llora, amigo mío; llorar consuela.

FEDERICO

Tu bondad es la suprema bondad... ¡Y yo te

hago sufrir! ¡Y yo te hago desgraciada! ¡Oh, me detesto! ¡Soy un ser indigno!... Pero tú, sé glorificada! ¿Quién sabrá las virtudes de tu admirable corazón? ¿Quién apreciará tu fuerza bienhechora? ¿Quién alabará tu bondad inmensa?

MARIANA

Amigo mío, tu libertad se acerca; sacude todo tu ser; arroja el veneno absorbido; destruye el mal por una voluntad indomable... ¡Imponte el deseo de vencer, de triunfar!

FEDERICO

(Animándose poco á poco:)

Sí, si yo fuera... un hombre!... pero no te ilusiones sobre mi valor... ¿Qué soy? ¡Nada! ¡Menos que nada!... ¡Me avergüenzo de mí mismo!... ¡Yo soy fiebre, agitación, delirio!...

MARIANA

(Atrayéndole hacia sí:)

¡Levántate, ven á mis brazos! ¡Ven á tomar el ardor necesario!

FEDERICO

(En pie y contemplándola enternecido:)

¡Oh, tú eres valiente, grande y bella!... *(Se desprende de ella furioso.)* Déjame; necesito aire, movimiento!... ¡Me ahogo!... ¡Quisiera huir, andar errante siempre!... ¡Déjame; quiero agitarme en el espacio... sumergirme en las tinieblas de la noche!...

MARIANA

(Consoladora:)

Sí, tienes razón; es preferible descender á la paz

de la noche, bañarse en la sombra de la obscuridad,
sentir sobre sí la vasta serenidad de los cielos estre-
llados... ¡Vamos los dos!

(Ella le impulsa.)

FEDERICO

¡Mañana... iré á trabajar!

CUADRO SEXTO

Plaza pública; á lo lejos, en perspectiva, casas de aspecto risueño, verdura frondosa.

En el fondo, próximo, el Palacio de la Abundancia, con su atrio al frente.

Camino surcado de vías férreas.

Á derecha é izquierda postes recargados de hilos eléctricos.

ESCENA I

JUSTINO y JULIA *cargados de paquetes*

JULIA

(*Á Justino:*)

¿Por qué no nos dirigimos al señor Santiago?

JUSTINO

¡Mujer! ¿No ves que ahora todos están ocupados en los talleres? Será preciso esperar la hora de salida.

JULIA

Entremos en la primera casa que encontremos al paso, preguntaremos por el señor Federico y nos presentaremos á él, á ver la cara que pone.

JUSTINO

Mejor es esperar aquí; descarguémonos de nuestros paquetes...

(Hacen un montón con los paquetes.)

JULIA

(Descargándose:)

¿Con que esta es su Ciudad? Es la primera vez que pongo los pies en ella... *(Mirando.)* ¡Cuántos rieles! ¡Cuántos alambres!

JUSTINO

Estamos en pleno centro.

JULIA

(Examinando los paquetes:)

¿No hemos perdido nada de nuestras cosas? Veamos... ¡Con las prisas!... *(Examina los paquetes. Suspirando:)* ¡Qué lástima no haber podido traernos todo lo que era nuestro! ¡Ni siquiera toda la ropa!

JUSTINO

Pues no venimos poco cargados.

JULIA

¡Si pudiéramos volver al palacio!...

JUSTINO

¡Sí, para ser recibidos á tiros!... La culpa es del cura... Entre él y la señora han puesto furioso al señor... ¡Pobre hombre!...

JULIA

(Preocupada:)

¿Tenemos todas las alhajas? ¿No habremos olvidado algo?

JUSTINO

No, todo lo puse en esta cartera.

(Muestra una cartera de viaje que lleva en bandolera bajo su chaqueta.)

JULIA

¡Si yo no me hubiera cuidado de hacer nuestros paquetes con tiempo, aviados estaríamos!... Sobre todo no abandones la cartera... Ocúltala bien, no sea que te la birlen.

JUSTINO

Pierde cuidado.

JULIA

En ella está lo más precioso de todo. *(Pausa.)*
¡Cuánto siento haber dejado el reloj que la señora me dió últimamente!...

JUSTINO

¡Pero si es tan pesado!...

JULIA

¡De mármol tan hermoso! ¡Con figuras de bronce macizo!... ¡Pero qué escándalo anoche, á la vuelta del cura! ¡En mi vida he visto furias semejantes!... ¡Si no

llegamos á poner tierra por medio!... ¡Qué trances... haber de escapar á media noche... como malhechores!... (*Interrumpiéndose.*) ¿Qué edificio es ese?

JUSTINO

El Palacio de la Abundancia.

JULIA

¿De aquí tomabas las provisiones?

JUSTINO

Sí.

JULIA

(*Admirada:*)

¡No está mal!

JUSTINO

¡No hay pocas cosas almacenadas ahí dentro!

JULIA

¡Ah!

JUSTINO

¡Ya lo verás! Se abre por la tarde.

JULIA

¡Cómo andará aquí la guarda!... ¿Cómo se han arreglado con los proveedores?... ¡Ya veremos!... Aquí habrá que andar con ojo... ¿Conque aquí se nos admite de golpe y porrazo? ¿Y es verdad que cada uno se las compone á su antojo? (*Locuaz.*) Mira,

Justino, yo quiero una casita á mi gusto... ¡Me parece que con nuestro dinero podremos escoger!... Quiero todas mis comodidades: dos piezas abajo, otras dos arriba... ¡No soy exigente!... Un corredor en medio... con vistas al patio y al jardín; el patio embaldosado y cerrado por una verja; el jardín ni grande ni pequeño...

(Pasa una vagoneta cargada de productos.)

JUSTINO

(Empujando á Julia:)

¡Paso, paso!

JULIA

(Asustada, apartándose:)

¿No tienen conductores esas máquinas? ¡Si pueden aplastar á una!...

JUSTINO

Se las impulsa por medio de una palanca... Mira, todavía vienen otras.

(Pasan otras vagonetas.)

JULIA

¡Está bien eso!... *(Á un obrero que pasa.)* ¡Eh, señor!... ¿Hacedme el favor?...

OBRERO

(Vestido con traje azul:)

¡Anda! ¿Aristócratas aquí? *(Se detiene.)*

JULIA

¿Tendréis la bondad de presentarnos al señor Santiago?

OBRERO

¡Señor Santiago! Aquí no hay señores.

JULIA

Servíos indicarnos á quién hay que dirigirse para...

OBRERO

(Yéndose:)

Dentro de poco estaré á vuestra disposición; por el momento, lo siento mucho, tengo prisa...

(Desaparece.)

JULIA

Hemos dado con un tonto. ¡Á quién quiere hacer creer que no hay señores aquí! ¿No es tu amigo el señor Santiago, el director? ¡Porque claro está que ha de haber un director aquí, si no, cómo andaría esto!...

JUSTINO

Sí, director ó cosa parecida; no lo sé á punto fijo.

(Pasa á distancia un segundo obrero, vestido como el primero.)

JULIA

(Viéndole:)

Otro... *(Llamando.)* ¡Eh, señor! ¡Haced el favor!

OBRERO

(Acercándose:)

¿Qué se os ofrece, compañera?

JULIA

Somos los criados de la señora Lardor, y deseáramos...

OBRERO

¡Ah! Lo celebro, amigos; pero excusadme; no tengo tiempo. ¡Hasta la vista! (*Prosigue su camino.*)

JULIA

(*En voz baja á Justino:*)

Dale una propina... (*Al obrero, á voces:*) ¡Eh, buen señor; tomad estas monedas...

OBRERO

(*Se va riendo:*)

¡Si habrán caído estos de la luna!

JULIA

¿Son así las gentes del establecimiento? ¡Pues vaya una finura que gastan! ¿Es eso ser amable y servicial? ¿Así se ha de tratar al prójimo? ¡Si no se nos han de guardar más consideraciones!...

JUSTINO

Ya verás como no hay dificultades con el señor Santiago... El sí que es complaciente... Mira, ahora salen, dejemos pasar los obreros...

(*Miran hacia la izquierda; los obreros no son aun visibles para el espectador.*)

JULIA

¿Son esos obreros? Me parece que te equivocas, no ves qué bien van...

JUSTINO

Allí viene el señor Santiago; adelántate... yo, delante de tanta gente, no me atrevo.

(Salen obreros por la derecha, entre ellos Santiago, dirigiéndose hacia donde se hallan Justino y Julia.)

JULIA

Ya hablaré yo, que no me asusto por tan poca cosa... ¿Quién es el señor Santiago?

JUSTINO

El de la derecha.

JULIA

Pues no va mejor vestido que los otros.

JUSTINO

No.

JULIA

¡Qué pueblo tan extraño!... ¡No te muevas de aquí! ¡Sobre todo ojo á la cartera!...

(Da algunos pasos: Santiago y sus compañeros se aproximan.)

ESCENA II

JULIA, JUSTINO, LUISA, CLEMENTE, SANTIAGO, PAULINA, FELIPE, ARTURO, UN OBRERO, FEDERICO.

JULIA

¿Tengo el honor de hablar con el señor Santiago?

(Signo afirmativo de Santiago. Julia se inclina haciendo reverencias á derecha é izquierda, á Santiago y á sus compañeros. Continúa dirigiéndose á todos:) Venimos á retirarnos entre vosotros, con vuestro permiso... Nosotros estábamos en casa de los Lardor, que están rabiosos desde la partida de su hijo... ya sabréis eso, puesto que, según Justino, ese hijo ha tomado mujer entre vosotros... En resumen, como no han llegado á entenderse con la nuera, nosotros pagamos los platos rotos... Entre paréntesis, el patrón está dado á los demonios... La señora y el cura le han puesto la cabeza como un perol, y como el pobre señor no tiene nada de Salomón, es capaz de hacer una barbaridad, con tanto más motivo cuanto que odia á muerte á los de Naturalia... y si encontrase al señor Santiago ó al señor Federico... Esto es para advertiros... En cuanto á nosotros, hartos ya de tanto ruido, he dicho á Justino, mi pariente, ¿qué te parece? Nosotros tenemos para pasar tranquilamente nuestros días como unos rentistas en pequeño...

UNA VOZ

¡Atiza!

JULIA

(Continuando:)

Con lo que honradamente hemos reunido... ¡Vámonos de aquí!... Y aquí nos tenéis, señor.

CLEMENTE

Señor ya no está en moda.

SANTIAGO

Amigos míos, la Ciudad está abierta á todos.

JULIA

Eso es lo que hemos pensado... Y ahora os agradeceríamos alguna información acerca de á quién hay que dirigirse para comprar una casa. Nosotros pagamos al contado, porque todo nuestro haber está en especies...

SANTIAGO

Mis buenos amigos, dudo que eso os sea de alguna utilidad.

JULIA

¡Cómo! ¡El dinero!...

LUISA

No nos hace falta.

JULIA

¡Pero el oro!...

PAULINA

Menos.

FELIPE

Para nada lo necesitamos.

CLEMENTE

No es el metal nuestro motor ni nuestro guía.

ARTURO

Las rodajitas de oro ó de plata sólo sirven de juguetes á los niños.

SANTIAGO

Ya lo veis.

JULIA

(Escandalizada, á Justino á quien se acerca:)
¡Están locos! ¡Rechazar el dinero! ¡En mi vida he visto otra!

PAULINA

Sí, somos ricos sin eso.

JULIA

Pero ¿por qué lo aceptabais cuando Justino venía á hacer provisiones para los Lardor?

SANTIAGO

Por delicadeza; no queremos humillar á nadie.

JULIA

¡Vaya un mundo extraño en que hemos caído!

PAULINA

Eso no impide la generosidad y la franqueza; sed de los nuestros; tomad vuestra parte en todo lo que existe.

JULIA

Señora, me parecéis una buena mujer...

LUISA

Y de balde.

JULIA

Vos también, señora.

FELIPE

Voy á hacer os una proposición.

JULIA

Ya os escucho, señor mío.

FELIPE

¿Queréis que os edifique una casa para vos?

JULIA

No deseamos otra cosa... ¿Cuánto nos costará?

FELIPE

He aquí la tarifa: cimientos: la primera paletada de tierra, una peseta...

JULIA

(Indignada:)

¡Eso es un robo!

FELIPE

Por la segunda, dos pesetas, por la tercera...

JULIA

¡Jesús, señor!...

FELIPE

...tres pesetas, y así sucesivamente, aumentando siempre.

JULIA

Santa virgen Ma...

FELIPE

Ma... sonería.

JULIA

¡Ah, esto es la francmasonería! ¡Razón tenía el señor cura!

FELIPE

(Siguiendo imperturbable:)

Por cada ladrillo, cinco pesetas...

JULIA

(Gritando:)

¡No, no quiero! ¡No consentiré jamás!... ¡Justino, Justino, vámonos de aquí!

FELIPE

Y cuando hayáis agotado el dinero, haré el resto de balde. ¿Os parece bien?

JULIA

He ahí vuestro procedimiento: tomarlo todo, despojarnos... Y ¿cómo viviremos después?

ARTURO

Pues trabajando como nosotros.

JULIA

¡Y nosotros que contábamos vivir como rentistas!
¡Oh, miseria!

CLEMENTE

Eso somos todos aquí, rentistas; trabajamos por diversión.

JULIA

¡Bien, trabajaremos! Ya no podemos volver á la casa de nuestros amos; seremos domésticos aquí, ¡qué remedio nos queda!

CLEMENTE

¿Domésticos? Esa profesión no existe aquí.

PAULINA

¡No hace poco tiempo que hemos dejado de ser amos y criados!

JULIA

(Perpleja:)

¡Entonces!... *(Á Justino:)* Tú no has dicho nada de eso. Yo no podía figurarme semejante mundo al revés.

UN OBRERO

Yo sé una plaza que os convendrá.

JULIA

¿Cuál?

OBRERO

En los cueros.

JULIA

¡Si en mi vida las he visto más gordas!

SANTIAGO

(Interviniendo:)

Pensemos por el momento en lo más preciso...

JULIA

(Con desconfianza:)

¿Y el señor Federico, el hijo de nuestros amos, trabaja también?

SANTIAGO

No paséis cuidado, buena mujer; aquí estaréis bien, y tendréis todo lo que deseáis: alojamiento y subsistencia como cada uno de nosotros, siendo vos la primera en hallar vuestra suerte satisfecha y muy superior á cuanto hubierais podido soñar.

JULIA

¿De veras? ¡Ah, señor mío, cuánto os lo agradeceremos! Pero, ¿qué se ha hecho del señor Federico?

ARTURO

Es un buen...

FEDERICO

*(Abre paso y se adelanta, con traje azul.
Pálido y conmovido se dirige á Julia:)*

¡Federico es un compañero como los otros!

(Se le rodea, se le estrecha la mano; se felicita á Mariana, que se acerca.)

JULIA

(Mirando á Federico:)

¡Qué cambiado estáis!

FEDERICO

¡Sí, desde ayer, transformación completa!
(Rumor lejano. Gritos. Todos miran.)

VOCES

¿Qué es eso? ¿Qué sucede?
(Se abre paso, un hombre con una escopeta desemboca corriendo en la plaza. El personaje es todavía invisible para los espectadores.)

JULIA

(Con espanto:)
¡El amo!

FEDERICO

¡Mi padre!

JULIA

(Tomando rápidamente sus paquetes:)
¡Está loco furioso! ¡Huyamos, Justino! ¡Está rabioso! *(Huyendo:)* ¡Tened cuidado, la escopeta está cargada! ¡Justino, Justino, estamos perdidos!
(Julia y Justino, cargados con sus paquetes, desaparecen.)

SANTIAGO

¡Compañeros, serenidad! ¡Evitemos una desgracia! *(Á Federico:)* ¡Alejaos! *(Federico no le atiende. Insistiendo:)* ¡Os ruego que os vayáis!
(Federico se retira algunos pasos, seguido de Mariana.)

LARDOR

(Visible ya y á cierta distancia:)
¡Canallas!

CLEMENTE

Pongámosle en la imposibilidad de hacer daño...

PAULINA

Opongámonos las mujeres...

SANTIAGO

Dejad hacer; no me conoce personalmente, que yo sepa. Los locos de esta naturaleza son como los niños; es preciso saberles escuchar y seguirles la manía...

ARTURO

¡Santiago, te expones!...

SANTIAGO

Es el momento en que cada uno de nosotros ha de mostrarse heroico: se trata de la vida de varios de nuestros semejantes. Nadie se mueva; dejadme hablar...

LARDOR

(Más cerca:)

¡Canallas!

SANTIAGO

(Dando algunos pasos:)

¡Por aquí, señor Lardor!

ESCENA III

Los anteriores y el SEÑOR LARDOR

LARDOR

(Agitado, con el arma en las manos, se detiene amenazador á distancia:)

¿Quién me llama? ¡El que avance un paso, es muerto!

SANTIAGO

¿No buscáis á alguien, á un tal Santiago?

LARDOR

¿Dónde está Federico, ese hijo maldito, ese cobarde?...

SANTIAGO

¿Federico decís?...

CLEMENTE

(En voz baja y rápidamente á Arturo y Felipe:)

¡Rodeémosle!

ARTURO

(Lo mismo:)

¡Desarmémosle!

FELIPE

(Lo mismo:)

¡No cometamos una imprudencia!

(Movimiento. Se estrechan.)

LARDOR

(Á la defensiva:)

¡Alto!... ¡Nadie se mueva! *(Con la amenaza contiene á todos. Continuando:)* ¿Dónde está ese hijo ingrato? ¿Y su concubina?...

SANTIAGO

Mariana, ¿no es verdad?

LARDOR

¡Mariana, sí! Pero Federico... y Santiago, ese impostor, ¿dónde están?

SANTIAGO

No tardarán en venir. Si deseáis verlos, esperadlos aquí...

LARDOR

¿Esperar? ¿Quién me dice eso?

SANTIAGO

También los esperamos nosotros.

LARDOR

¿No me engañáis?... ¡Si alguno se mueve, hago fuego!...

(Se pone la escopeta á la cara. Gran conmoción.)

SANTIAGO

(Á media voz:)

¡Ni una palabra, ni un movimiento!

(Momento angustioso.)

LARDOR

(Bajando el arma:)

¡No tenía más que un hijo, y abandonó mi casa!...
¡Le mataría! ¡Y mataría esa mujer!... ¡Y mataría!...
Pero, ¿no es esta la Ciudad, la Ciudad de maldición
que ha causado mi ruina?... ¡Ah, aquí vengo á des-
afiar mis enemigos!... ¡Se demolerá esta Ciudad!...
El cura Cristóbal lo ha predicho... ¡Todo eso... ani-
quilado!... Y esos obreros, esos bandidos...

UN OBRERO

¡Te la pintarás!...

SANTIAGO

¡Chist!

LARDOR

¿Dónde están esos holgazanes? ¡No se ve ni uno
solo! ¡Se ocultan seguramente; tienen miedo!...
(Dirigiéndose á Santiago:) ¿Vos? Dispensadme,
señor, no sois obrero, tenéis aspecto demasiado
cuidadoso... *(Designando sucesivamente otras per-
sonas:)* Ni vos tampoco; ni vos, ni vos, señores...
¡Indicadme, os lo suplico, dónde se ocultan esos
miserables! ¡Si lo supiera!... ¿Quién me informará?...
¡Á mí la policía!... ¡Huelgan esos tunantes! ¡Á mí los
civiles!... ¡Cogedlos!... ¡Dadme la tropa! ¡Cargad
sobre la canalla!...

UN OBRERO

¡Ea, ya dura demasiado la serenata!

SANTIAGO

(Calmándole:)

¡Es un loco!

LARDOR

¡Hasta mis criados, los tunantes, me han hecho traición!

SANTIAGO

(Con dulzura:)

¡Oh, mi buen señor Lardor, os compadezco sinceramente!...

LARDOR

(Admirado:)

¡Al fin, señor, estáis conmigo!... ¡Hace tanto tiempo que todo el mundo va contra mí! Hasta mi mujer, ¿lo creeríais? ¡Y ese cura, una especie de santo hombre, feroz sin parecerlo!... ¡Oh, qué bueno es hallar una voz amiga!

SANTIAGO

Os compadezco porque carecéis de un poco de bondad, de humana bondad en el fondo de vuestra alma.

LARDOR

¡Oh, estoy destrozado, completamente destrozado!

SANTIAGO

(Acercándosele insensiblemente:)

¡Yo os ruego, pobre extraviado, que recojáis los restos de una razón fugitiva! ¡Sabed ver; sabed comprender! ¡Abrid vuestro cerebro! ¡Abrid aun más vuestro corazón; poned en el uno la razón, en el otro la justicia! ¡Hermano entre nosotros, no veáis en rededor vuestro más que hermanos; ninguno os odia; todo odio se ha extinguido en nosotros, y en su lugar se ha desarrollado el amor, la piedad, la gran piedad;

el amor para todos; el amor y la compasión para el desgraciado! ¡Ved como todos esos corazones laten de piedad! ¡Los que os rodean son trabajadores; os habéis equivocado acerca de su condición; la mayor parte son vuestros antiguos obreros! Ya no tienen aquellas caras macilentas, empañadas, estúpidas; se han despojado de aquel aspecto miserable, de aquel vestido andrajoso: ahora son sencillamente hombres que tienen conciencia de su valor, de su dignidad, y sobre todo son buenos y generosos... (*Continuando, sublime, transfigurado.*) ¿Queréis ver lo que hacen esos trabajadores?... ¡Compañeros, abrid los talleres, abrid los almacenes!... (*Así se hace al instante. Santiago toma por la mano al señor Lardor que, encantado, deja hacer.*) ¡He ahí lo que producen; he ahí lo que les pertenece: todo, todo!... ¡Mirad las salas espaciosas donde se amontonan los víveres, los vestidos, las herramientas, los muebles, los utensilios!... ¡Mirad, todo rebosa, todo abunda, todo es inmejorable! ¡Esta es la inmensa riqueza de la Ciudad! Y esta riqueza incomparable, ¿sabéis de dónde procede? ¡Todo ello es nuestros brazos, nuestras máquinas, nuestra inteligencia, nuestra voluntad, todo nuestro yo convertido en fuerza colectiva!... ¡Mirad, todo eso es la salud, la alegría, la felicidad! ¡Mirad toda esa vida que corre, salta y susurra fecunda y verdaderamente bella por nuestra Ciudad!... ¡Y ved ese pueblo libre, ese pueblo digno, ese pueblo feliz!

(*El señor Lardor, confundido, parece anonadado. Federico en aquel instante se adelanta hacia él.*)

ESCENA IV

Los mismos

FEDERICO

¡El único desgraciado, por vuestra falta, soy yo, Federico, vuestro hijo!...

LARDOR

¡Federico! (*Reacción súbita. Apunta y dispara.*)
¡Toma, pues!

FEDERICO

¡Mi padre!... ¡Ah!...
(*Movimiento: unos desarman al señor Lardor, á quien retiran; otros rodean al herido.*)

MARIANA

(*Acercándose y levantando á Federico:*)
¡Federico!

FEDERICO

¡Compañeros, me muero!... (*Hace un signo; el silencio se establece. Continuando con voz entrecortada.*) ¡Escuchadme!... ¡Muero rescatado!... Mi muerte es voluntaria... Las supervivencias del pasado... estaban llamadas... á destruirse por sí mismas... Yo soy una miseria moral que se acaba... Amigos míos, no sintáis por mí... ¡Mariana, mi buena hermana, al fin soy dichoso!... ¡Perdóname!...

MARIANA

(*Tratando de imponerle silencio:*)

¡No hables!...

FEDERICO

¡Por piedad... déjame hablar... eso me consuela; si supierais!... (*Haciendo un esfuerzo.*) Creo pagar mi deuda... Tú, Mariana, y vos, Santiago, conozco vuestro sacrificio... al borde de la tumba mi alma se inunda de claridad... ¡Oh, os conjuro... que me dejéis terminar!... ¡Yo era... (*Esforzándose con toda la energía que le queda*) un obstáculo para la felicidad de dos seres mejores que yo!... ¡Desaparezco!... (*Toma la mano de Mariana y la de Santiago.*) ¡Sed el uno del otro... unidos por mí... para la felicidad!... (*Una pausa. Viva emoción. Continúa:*) ¡Compañeros, sí; el pasado se hunde!... ¡El porvenir, lo presiento, va á lucir para vosotros más esplendoroso que nunca!... ¡Oh, Santiago, oh, Mariana, regocijad ese porvenir!... ¡Sí, pueblo, surge brillante y glorioso, expón tus riquezas á la luz del sol... sirvan para mis funerales!... ¡Oh, Naturalía, oh Ciudad grandiosa... un moribundo te saluda!... (*Pausa.*) ¡Santiago, por oración fúnebre, sobre mi tumba que se cierra, esparcid con vuestra voz dulce y persuasiva las palabras de esperanza!...

SANTIAGO

¡Cómo, Federico! ¿Puedo acaso en este instante?...

FEDERICO

(*Imperioso:*)

¡Lo quiero! ¡Lo exijo! ¡Sí, hermano mío, en este momento supremo en que mi alma se sacia de gloria

por la obra á que tengo el sentimiento de no haber colaborado!...

SANTIAGO

Acepto con el alma dolorida...

FEDERICO

(Impaciente:)

Apresuraos, Santiago.

SANTIAGO

¡Sí, Federico; verdad es que el hombre, ensanchando su ideal por la ciencia, la razón y el sentimiento, va siempre hacia más luz, más justicia, más felicidad!...

FEDERICO

¡Más aún!...

SANTIAGO

¡Verdad es que en esta Ciudad del trabajo, de la paz y del amor, las manos se tienden fraternalmente y los corazones se compenetran!...

FEDERICO

(Radiante:)

¡Más, más aún!

SANTIAGO

¡Verdad es que más allá de esta Ciudad próspera, sin límites ni fronteras que las separen, otras y otras

ciudades cobijan hombres libres, justos y sabios, irradiando sobre toda la superficie del globo hasta contener en sí la humanidad entera, para resplandecer en infinita aureola de amor y de soberana belleza, en no menos infinita armonía de justicia y de inalterable paz!...

FEDERICO

(Con voz moribunda:)

¡Más y siempre más!... ¡Ábreme el porvenir!

SANTIAGO

Sí, como promesa infalible de la ciencia, como resultado natural de la bondad esencial del género humano emancipado del error, de la tiranía y del privilegio veo una humanidad hermosa, activa y buena, que extiende su poder por las regiones de lo absoluto y de lo infinito, extrayendo nuevas verdades y maravillosas aplicaciones en una alegría sin fin. ¡Sí, han llegado los nuevos tiempos anunciados en que los hombres se han entendido, se han comprendido y se han amado!

(Federico expira.)

TELÓN

Obras en rústica editadas ó no por la
ESCUELA MODERNA

Origen del Cristianismo	1'—ptas.
El Niño y el Adolescente, de Michel	
<i>Petit</i>	1'— »
El Banquete de la Vida, de Anselmo	
<i>Lorenço.</i>	1'50 »
En Guerra, de Carlos Malato	0'40 »
Pensamientos Revolucionarios, de N.	
<i>Estévanex</i>	1'— »
Preludios de la Lucha, de F. Pi y Ar-	
<i>suaga.</i>	1'— »
Floreal, de J. P. Chardon	1'— »
Sembrando Flores, de Federico Urales	1'— »
Humanidad del Porvenir, de Enrique	
<i>Lluria</i>	1'— »
En Anarquía de C. Pert	1'— »
Las Clases Sociales, de C. Malato.	1'— »



Edición económica
UNA PESETA

